

LA VOZ DE LA TIERRA EN LA LETRA DE MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Por LUIS RUBILAR

I. - ESPACIO Y VIDA HUMANA

“Cae al fondo del tiempo / cae al fondo de tí mismo / . A través de todos los espacios y todas las edades / quema el viento con tu voz / Soy un temblor de la tierra...”.

VICENTE HUIDOBRO

En términos antropológico-filosóficos el entramaje y urdimbre entre el Habitante humano y su Morada terrestre, entre el Hombre y su hábitat, como entorno y piso de sostén, no sólo es fundamental, originario y esencial, sino, además, se resuelve dialécticamente de un in-venir confundente y coalescente, hasta hoy. En todos los escritos y tradiciones orales, mitos y cuentos sobre los orígenes, aparece como fundante la palabra que alude a Tierra, espacio, agua, vida. En nuestra cultura occidental-cristiana, la génesis del espacio, del Verbo y del Hombre se narra en arcaico hebreo y se contiene en Sagradas Escrituras, pintándose el escenario o retablo sobre el cual se desarrollará a través de los tiempos el drama de lo humano:

“Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas... y a lo seco llamó Dios tierra...”.
(*Génesis*, 1,10).

Otro inicio de lo humano lo narra San Juan en el Prólogo de su Evangelio:

“Al principio era el Verbo... / y el Verbo estaba en Dios / y el verbo era Dios...”.

Así se cuenta en la *Biblia* la aparición de estos sustanciales concomitantes del habitar el HOMBRE sobre la Tierra, en este valle de lágrimas: Mundo y Verbo.

Durante mucho tiempo las nociones y vivencias respecto al ‘espacio’, y a su hermano siamés, el Tiempo, se movieron al compás de las creencias mágicas y telúricas con las cuales el Hombre iba afirmándose, dando fundamento y sentido a su existencia individual y colectiva. El espacio en tanto realidad sustantiva y envolvente de la Vida Humana es abordado en términos más racionales y elaborados en

la Grecia filosófica, espacio-madre de la mayor parte de las categorías gnoseológicas claves del pensamiento lógico. Allá, muchos, entre otros, Demócrito —el de Abdera—, precursos de la teoría atómica, lo concibió como 'vacío', en el cual se ubicaban esas pequeñas partículas constitutivas de lo real: los átomos. Para Aristóteles, el creador de la lógica formal y predicador de la razón (logos) como diferencia específica del ente humano, el espacio era definido como 'lugar' (topós), y para Teofrasto ya no era una realidad en sí misma, sino algo que se define mediante la posición y orden de las cosas. Más adelante este concepto categorial, al igual que el Tiempo, fue preocupación permanente de teólogos, filósofos, poetas, sin que ello condujera a un consenso de posiciones, hasta complicarse ambos en la teoría einsteniana. En nuestro tiempo no sólo han surgido con inusitada fuerza las llamadas disciplinas 'ecológicas', la novísima *Ciencia Ambiental*,¹ sino —incluso— una rama específica de la Psicología: la *Psicología Ambiental*,² a través de la cual se pretende mostrar "cómo nuestros alrededores... desempeñan un papel importantísimo en nuestras capacidades, pautas y habilidades", es decir, "la influencia del ambiente físico en la conducta".³

La cosa se ha confundido no sólo por la vieja polémica acerca de la consistencia ontológica de la categoría 'espacio', para unos real y objetiva, en el modo 'natural' postulado por Aristóteles, para otros subjetiva e ideal, como en el trascendental idealismo kantiano, sino porque el 'espacio' se nos da —o lo vivenciamos— en diversas formas y concreciones en nuestra experiencia vital: como 'vivido' (vécue) en tanto objeto de la percepción y del sentimiento, como 'gnoseológico', en tanto clase especial o coordinada del conocimiento, como 'físico', en tanto medible o cuantificable en función de la materia y el tiempo; y tantas otras formas, múltiples, en que cotidianamente organiza y jerarquiza nuestra conducta y acontecer existencial; para designar sólo su connotación como *distancia*, la tenemos topográfica, cronológica, representativa, teológica (que raya en el infinito); más aún, aludimos a 'espacios políticos', a 'espacios de la novela', a 'vacíos de poder', a 'litigios geopolíticos y/o fronterizos', o lo dinamizamos al verbalizar: 'volar', 'caerse', 'erguirse', 'aterrizar', 'caerse del catre' o 'seguir una carrera', y todo ello en una *era espacial*.

Si bien este esquema mental o mojón categorial, práctico y teórico, es constituyente básico de la organización vital y colectiva: dimensión incurra en la 'circunstancia' (Ortega), en el 'ser-ahí', en-el-Mundo (Heidegger) o en las categorías material-históricas (Marx-Engels), de suyo no ha sido trabajado como lo ha sido el Tiempo (Bergson, Heidegger, Minkowski, Sartre, Merleau-Ponty, G. Bachelard, A. Machado). Sin embargo, para la Filosofía y las Ciencias Sociales contemporáneas viene a constituir una suerte de imperativo ontológico y gnoseológico, un 'a priori'

1. V. LUIS VITALE, *Hacia una historia del Ambiente en América Latina*, Méx., 1983, y "El marxismo latinoamericano ante dos desafíos: feminismo y crisis ecológica", En *Rev. Nueva Sociedad*, Caracas, N° 66, 1983.

2. V. PROSHANSKY H., y otros: *Psicología Ambiental*, Méx., 1978.

3. *Id.*, pp. 33 y ss. Desde aquí habría que contestar la primera cuestión planteada por A. Mancera G. en su estudio crítico biográfico sobre Mario Briceño I. (*De la oscuridad hacia la luz*, Caracas, 1960): "¿El medio como ámbito y el contorno geográfico, cómo influyen para desarrollar una privilegiada inteligencia?" (p. 9).

epistemológico en el sentido de que constituye un pilar fundamental de la vida humana: “*Vivimos y actuamos dentro del espacio y en él se desarrollan tanto nuestra vida personal como la vida colectiva de la humanidad*”.⁴

Para nuestro objetivo basta consignar palabras de nuestro lenguaje dramático (Urban), el coloquial y diario, para barruntar la omnipresencia de lo espacial como ‘forma general de la actividad vital humana’: sitio, lugar, camino, paraje, paisaje, horizonte, perderse, buscar, hallar(se), tesoro, cancha, límite, nación, casa, edificio, hacienda, fundo, parcela, viaje, estación, carrera, obstáculo, bosque, mar, océano, cielo, infierno, cima, sima, pozo, fuente, cordillera, isla, mapa, etc.; y en forma complementaria los pares tan decisivos para nuestra orientación física y coordinación corporal: derecha-izquierda / arriba-abajo / lejos/cerca / partir-volver / acostarse-pararse, etc., y comprimiéndolo todo, la triplete espacial que nos rodea: terrestre, marino y aéreo. Aquí nos interesa lo ‘espacial’ en tanto lo envolvente y, a la vez, ‘lugar’ para morar las colonias humanas (grupos), como suelo para sostenerse, erguirse y moverse con seguridad, y como anclaje y enclave del cultivo y de la cultura, en tanto despliegue y actuación del HOMO FABER.

Desde una perspectiva antropológico-histórica la presencia de lo espacial en el Mundo es anterior y pre-requisito para la existencia humana.⁵ Los cuatro elementos ‘naturales’ aludidos por los griegos: ‘agua-tierra-aire-fuego’, se van conformando y entramando en largo proceso evolutivo, hasta emerger la vida en su ya clásica y triple expresión: vegetal, animal, humana. “El proceso de gestación de las formaciones geológicas y de la vida acuática y terrestre abarcó mil veces más años que toda la historia de la humanidad”. (L. Vitale, *Hacia una...*, p. 25). L. Vitale, basándose en actualísimas investigaciones, otorga 4.600 millones de años a la Tierra (Schop), y 3.000 millones a la vida terráquea. Esta retrovisión antropológica muestra la prioridad y antelación del ‘ambiente’ natural con respecto al Hombre y, por ende, supera la concepción antropocéntrica, reubicando la Vida Humana como producto en necesaria y dialéctica relación, o integración, con el Mundo que la hace. Así las cosas, considera Vitale “gravísimo error conceptual establecer una separación entre el Hombre, por un lado, y el ambiente, por otro... La sociedad global debe analizarse como formando parte del ambiente... ambiente y hombre forman un sistema complejo interactuante, involucrada la percepción de aquel ambiente por el hombre”. (*Id.*, p. 15). Para el historiador chileno-argentino el término ‘ambiental’ es más abarcador o denotativo que el que hasta ahora se venía usando, lo ‘ecológico’ (cargado de sentido reduccionista, biologicista): AMBIENTE recoge, además de lo ‘ecológico’, lo ‘socio-cultural’, configurando así lo que viene a ser el Eco-sistema, como totalidad dinámica e integral. Los eco-sistemas no sólo condicionan los ‘modos de producción’, la utilización de los recursos naturales, su

4. MINKOWSKI, E., cit. en BOLNOW, O. F., *Hombre y espacio*, Barcelona España, 1978, pp. 33 y ss.

5. El joven C. Darwin desde la Patagonia sureña (1832) escribe: “En este continente meridional todo se ha hecho en gran escala. Las tierras desde el Río de La Plata hasta Tierra del Fuego (1.930 Kms.) han sido levantadas en masa durante el período de las conchas marinas actualmente existentes. ¡Qué inmensas revoluciones geológicas pueden leerse en esta sencilla concha de la Patagonia!” (cit. TOVAR, R. A., “La noción de espacio en el Manifiesto Comunista”, *Rev. Tierra Firme*, Caracas, Nº 2, 1983, p. 142).

distribución, etc., sino también y fuertemente, *modos y formas de vida*, inciden en el *carácter* individual y *social* (E. Fromm).

El espacio, pantalla o continente en que se insertan la estructura y dinámica 'ambiente-hombre', se va humanizando —bien o mal— y sufriendo los cambios y transformaciones —naturales e históricas— hasta devenir en la Morada en la que cursa su existencia el habitante humano.

Una breve alusión a su desarrollo psicogenético señala dos modos complementarios de 'asimilación' de lo espacial: i) por el sistema sensorio-motriz, a través del cual se nos va dando el mundo de aquí y ahora, el presente y patente; ii) por la mente o razón, a través de la re-presentación (imágenes), y de la abstracción (conceptos, ideas), que continúa y completa la 'imagen del mundo', como algo gestáltico, integral. Entre otros, fueron H. Wallon y J. Piaget quienes más han aportado para la comprensión del proceso de 'asimilación-acomodación' del espacio (y del tiempo) en nuestra estructura cognitiva, demostrando cómo tal categoría abstracta se va instituyendo primeramente a partir de la experiencia (praxis) y desde el propio cuerpo (experiencia), como hito imperativo para ordenar u organizar aquella 'tierra confusa y vacía' en que se 'cae', —de arriba-abajo—, como reza el génesis bíblico y la creencia popular. Después, psicogenéticamente, una vez instalados los *esquemas* (prácticos, representativos y mentales) *espaciales*, operan como parámetros conductuales; vamos, dialécticamente, por una parte, orientándonos en el maremagnum existencial y, por otra, complicándonos con una serie interminable de subcategorías geo-espaciales. En forma rudimentaria y menos elaborada en los propios animales se dan tales complicaciones.⁶ También en el reino animal, grupos e individuos cuidan lugares, ocupan sus espacios, tienen sus rincones filogenéticamente asignados, como ha sido copiosamente demostrado en estudios etológicos (K. Lorenz, E. R. Hilgard, B. F. Skinner, y otros). Cada quien: persona, grupo, colectividades buscan en el espacio sus lugares, su morada, su seguridad. Y más allá de lo topográfico la vida en su trayecto bio y socio-cultural, ha multiplicado, diferenciado y comprimido sus espacios (ya no sólo limitados a lo senso-perceptual, sino complementándolos con los aledaños de 'la fantasía' y de 'los sueños',⁷ de los juegos y el deporte (los espacios 'lúdicos'), de las amplificaciones posibilidades por los Medios de Comunicación— tanto individuales como masivos—, etc., todo lo cual ha llevado a hacer del mundo presente y vigente un espectáculo plausible de percibir e interpretar desde cualquier punto de la tierra; deviniendo vida e historia humanas en un inimaginable 'Alicia en el país de las maravillas' o en una real alucinación de Julio Verne.

Y paradójicamente, el comienzo y el fin de tan asombroso ensanchamiento espacio-vital tiene sus puntos terminales muy acotados y reducidos; un destino que comienza en ese espacio primario o primero que es el útero materno hasta ese final y ritual —tumba, nicho, cementerio— espacio para la noche de la vida. Limitamos nuestros espacios —al nacer y al morir— y los amplificamos y enriquecemos en variable despliegue en el trayecto vital, salvo cuando ejercemos la

6. V. PROSHANSKI, *op. cit.*, capítulos: "La organización comunal de los mamíferos solitarios", "Función del espacio en la sociología animal", etc., pp. 246 y ss.

7. V. SAMI-ALI, *El espacio imaginario*, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1976.

represión, la sujeción y la muerte. Con la guerra, el odio, las dictaduras, las instituciones 'cerradas' (o totales), des-espaciamos, quitamos hálito y vuelo al hombre y a la sociedad; es la restricción, la detención, la muerte galopante del proyecto vital. Pero, de todos modos y siempre, buscamos nuestros lugares y rincones: el preso sus sitios secretos y su mirada ventanal, los extraviados sus caminos, los enamorados sus cobijos, los exiliados su tierra patria, los viciosos su antros y los creyentes sus santuarios. Incluso en condiciones estatuidas la Sociedad entrega al individuo sus status y correlativos roles —sus lugares en el esquema socio-institucional— pero a veces no bastan, cada cual como Juan Salvador Gaviota necesita remontar más allá de su vuelo, libre en la libertad del aire. Por eso, la letra, la prosaica y la poética, los romanceros, los mitos y cuentos —la crónica mnémica del cultivo histórico-social—, no sólo se estampa en el crudo espacio del papiro o en satinado papel —como el Tiempo en el reloj— sino que su contenido se llena y persiste en los creados e imaginarios espacios del cuento, del juego lúdico, del Arte en todas sus vertientes: pintura, fotografía, cine, arquitectura, cerámica, televisión, escultura o teatro. Todas estas acciones y productos del acervo cultural no vienen a ser sino condensadas y dinámicas formas, figuras plasmadas de significado en un estrecho marco de referencia *espacial*.

En literatura, para circunscribirnos a un lado concreto del multifacético hacer artístico del hombre —y el que nos interesa aquí—, la perdida *Caperucita Roja* busca la senda en el ancestral bosque, el porfiado *Muro* o las inquietantes *Puertas cerradas* de Sartre son límites o divisiones espaciales, el *Viejo y el Mar* representa la vieja pugna hombre-océano, el *Principio* a quien bajó desde planetoides siderales el aviador Saint Exupery viene a morir en brazos de una terrestre mapanare. El *Extranjero de Camus* ronda extrañado de sus lugares, y *Ana Frank* debate creciendo su adolescencia en el reducido y silente Refugio que la protege de los nazis y, en fin, nuestro castellano *Don Quijote*, de 'algún lugar de La Mancha', significa un himno y locura de aventura espacial, escrito entre los estrechos barrotes de una prisión; tan sólo una muestra, algunos exponentes de cómo en el continente europeo la prosa trabaja, recortando los límites, expandiendo las periferias, moviéndose siempre en los linderos y en los hondones, contenidos del ámbito espacial.

En el caso latinoamericano, tal secuencia e involucración letra-espacio se convierte en cadencia y mensaje pertinaces, y aún más omnipresentes. Los laureados *Cien años de soledad* del Nóbel 1982 significan tiempos recurrentes es un espacio ubicuo que puede ser aquí o allá en esta América Latina que dio en llamarse Macondo; el *Aleph* de Borges no es sino el punto, la perspectiva desde donde se otea la 'totalidad'; la *Rayuela* de Cortázar viene a ser el reglamentado espacio —del niño-adulto— en el cual se juega la vida o la muerte, como en la ruleta. Nuestro *Canaima* venezolano, la *Zona Sagrada* de C. Fuentes, *Los Ríos Profundos* de J. M. Arguedas, el *Hombre de maíz* de M. A. Asturias, hasta los *Pasos Perdidos* de este reino de nuestro ya ido A. Carpentier, o los *páramos* del Pedro de Rulfo, o la *larga guerra del Fin del Mundo* de Vargas Llosa, y la novísima, fantasmagórica *Casa de los Espiritus* de Isabel Allende, que trajo tierra de su tierra para hacer florecer en la arena del exilio su simbiótico 'no-me-olvides', como el sentido *Unicornio Azul* perdido por el cantautor de nuestra Trova, Silvio Rodríguez; todos ellos surcan con su letra los anchos pagos de la América de nuestro tiempo.

Espacios latinoamericanos con sus gentes confundidas en el deporte fraternal cuando, por estos días, se reúnen en los 'Juegos Pan-americanos', en la estrecha ciudad de Santiago de León de Caracas —cuna de Miranda, Bello, Rodríguez y Bolívar— los mejores de nuestros atletas, con la habitual presencia de 'convidado de piedra' de los Estados Unidos de Norteamérica, cuya hegemonía (porfiadamente impueta desde Monroe, 1823) y afán rapaz tanto indignara al Homenajeado Libertador Simón Bolívar, y con mayores razones, a nuestro personaje Mario Briceño Irigorry. Para ellos nuestra América es Hispanoamérica, América Latina, Indoamérica, nunca la América sanoja imperialista. Y mientras nuestros jóvenes competían en destreza, agilidad y constancia en la ciudad bolivariana, y sus triunfos llenaban los comprimidos espacios de la comunicación mundial, los marines yanquis impunemente rodeaban la tierra centroamericana, la tierra de Sandino, considerada como coto privado o jardín trasero 'a apropiarse' en función de sus propósitos de dominio material. No en vano ayudaron a cuanto dictador les garantizara esquilmar a sus propios pueblos, y a sus pares anglo-sajones para venir a usurpar, a viva y sofisticada fuerza bélica —hace un año— nuestras Malvinas argentinas del Cono Sur.⁸

En el caso de esta Hispano-América —Tierra Firme, Indias Coloniales, Tierra de Gracia, Gran Colombia, Zona Tórrida—, hermosa (exuberante, rica y prometedora, el entramamiento hombre-suelo, pueblo-tierra, cultivo-cultura, percepto-expresión, se produce desde antaño, y el indígena como dueño colectivo de la tierra, era 'baquiano' en montes, páramos, llanos y pagos.⁹

También en los antiguos dominios precolombinos la aparición del Hombre es tardía y muy posterior a la configuración de sus formaciones geológicas (P. Cunill). Su columna andina, sus valles, sus ríos, su flora y fauna ya están aquí cuando llegan los primigenios habitantes, hace más de 20 mil años; y aquel Hombre se va integrando y apegando cada vez más a esta tierra que lo sustenta y alimenta: de recolector, pescador y cazador deviene —4.000 A.C., aproximadamente— en Hombre básicamente *agricultor* y *alfarero*, y luego minero-metalúrgico. La vida aborigen se fue enriqueciendo de tal manera que para la fecha de su 'des-cubrimiento' no sólo recolecta, caza, pesca, siembra y cosecha; sino que, además, *domestica* (llamas, guanacos, alpacas, vicuñas, pavos, etc.) y ha alcanzado niveles inéditos de extracción y *elaboración de metales* (soldadura del cobre, elaboración del oro, etc.) y de *alfarería*, especialmente cacharros (vasijas, cántaros, ollas, macetas) útiles y de

8. Hace exactos 30 años M. B.-L. escribía en su *Alegría de la Tierra*, 1953, en su capítulo final —tan altivo— "Tierra ocupada", lo que sigue: "Cuando el Departamento de Estado creyó, necesario a los intereses de Estdos Unidos intervenir en la política de Nicaragua y de la República Dominicana, envió sus lindas y poderosas naves a las playas desguarnecidas de ambos países. La América hispana siguió con devoción ejemplar el calvario de Las Segovias, donde Sandino se convirtió en símbolo feroz de la resistencia contra el grosero invasor" (p. 161).

9. Tal ligazón y encadenamiento con la Tierra, en un singular y equilibrado 'eco-sistema' en los tiempos primitivos de nuestra América precolombina, ha quedado demostrada por múltiples hallazgos arqueológicos, investigaciones antropológicas e, incluso, en la palabra escrita (*Popol Vuh*, *Canto guerrero de los Cuicas*, *La Araucana*, etc.). E. Cardenal en su "Economía de Tahuantinsuyn" describe así tal vivencia de la Tierra: "No se podía enajenar la tierra/ LLACTA MAMA (la tierra) era de todos/ Madre de todos".

adorno. Cerámica, hilado, tejido, etc., no tienen secretos para las manos laboriosas del indígena. Tal calidad de la cultura 'primitiva', diferenciada en distintas regiones, lleva a L. Vitale a rechazar el calificativo de pre-histórica (cómo se la ha calificado, cuando se lo ha hecho, porque a veces se parte, incluso, de la Historia de Nuestra América, desde aquella fecha del descubrimiento, negando así la presencia y significación de tales culturas 'primitivas'). "Muchos siglos antes de la Conquista Española las Comunidades indígenas habían forjado su propia historia. . . por el grado de adelanto agrícola, alfarero y minero".¹⁰ La organización del trabajo era, en general, comunitaria o cooperativa, desconociéndose la 'propiedad privada' de la tierra; las ciudades más populosas (Teotihuacán, Huánuco Pampa, Cuzco, Lubaantún, etc.) estuvieron íntimamente ligadas a la producción agraria (depósitos o silos), con la tierra y su cultivo como base y entorno espacial. El aborigen se movía y crecía integrado y coalescentemente con su 'ambiente' ecológico.

Es la irrupción del Conquistador español la que produce el '*impacto inicial*' (M. Picón S.), hito crítico que problematiza y conflictualiza la relación del Hombre con la Naturaleza, con su entorno en términos físicos, socio-económicos, raciales, político-culturales, etc. Por el afán de apropiación, por el extraño lenguaje incoado en otros parajes y paisajes, por la imposición de la Cruz a troche y moche y del Imperio de Su Majestad en las Indias Coloniales. Por la motivación, conducta e incentivos que trajeron y ejercieron los españoles en esta Tierra, injertando en ella la impronta de la civilización occidental y cristiana, es que se produce lo que marcará la desaparición y cuasi extinción de aquellos colectivos humanos y aquellas culturas legendarias que son, a la postre, parte importante del patrimonio genético-cultural del actual pueblo latinoamericano. Y el éxito de la empresa colonialista hispana tiene su gran aval en el hecho de que esta Tierra y sus gentes habían construido ya una Historia, habían alcanzado avanzados niveles de cultura y de logros tecnológicos —en agricultura y minería—. "Uno de los motivos de la rápida y fructuosa colonización española fue el grado de adelanto agrícola, alfarero y minero que habían alcanzado los indígenas americanos. Los españoles aprovecharon las bases ecológicas para sus fines colonizantes, expoliando la naturaleza y las comunidades indígenas. El ecosistema comenzó a deteriorarse con la instauración de una economía a la que sólo interesaba la *exportación* de productos agropecuarios y mineros. . . La economía de subsistencia de las comunidades indígenas fue reemplazada por la producción de materias primas y la extracción de metales preciosos destinados al mercado internacional". (L. Vitale, *Hacia una . . .*, pp. 64-65). Junto con señalar este hecho la incorporación de América al proceso 'histórico' de Occidente, más precisamente al inicial y galopante *capitalismo* mundial, señala también la *tala*, la expoliación y dominación de la Tierra, del Hombre y de sus cultivos y Culturas; primero, del indígena, luego, del criollo, y hasta hoy, del Hombre y Culturas mestizas, siempre por fuerzas externas, internacionales e imperialistas. Desde entonces este espacio nuestro, tan usurpado, repartido y combatido, sigue dependiente y sujeto a tales poderes, que no al de sus pueblos y sus gentes. El tiempo —sus vicisitudes y momentos—, las guerras, terremotos y epidemias importadas van dejando

10. VITALE, L., *Interpretación marxista de la Historia de Chile*, Vol. I, P. L., Santiago, Chile, 1970, 3ª ed., p. 22.

huella e impronta en su geografía física, política y humana. Es en este contexto que asomará tímida y balbuciante la letra escrita, a veces con tinta, a veces con sangre, que dice AMERICA.

II. - LA LETRA Y EL ESPACIO LATINOAMERICANO

“Lleno de méritos está el hombre; mas no por ellos, por la Poesía hace de esta tierra su morada”.

MARTÍN HEIDEGGER

El pueblo indoamericano, más que seguir el precepto bíblico “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, ha tenido que elegir y ha erigido como lema y filosofía práctica y urgente el decir poético del desterrado A. Machado: “Caminante no hay camino, se hace camino al andar”. Ese camino se inicia, plagado de rémoras, obstáculos, represiones y sangre, buscando en la propia tierra, aún ajena, y luchando por una Morada colectiva, libre y justiciera, con lentos pasos y atenuadas voces criollas solo y confusamente desde el siglo XIX, tras el “silencio estupefacto” (P. Neruda) que se espació en la Colonia (con contadas excepciones, como veremos).

A pesar del analfabetismo de la mayoría de los conquistadores hispanos que cayeron sobre las Indias, cada Autoridad colonial (desde los propios Reyes españoles) se preocupó de informar y estar informados acerca de los acontecimientos, apropiaciones y conquistas sucedidas en las lejanas tierras colombinas. Junto con las expectativas de lucro, de heroicidad y de evangelización, venían en las Carabelas, y en cada buque que partía de Cádiz, cantares de juglería, imagerías de empresas caballerescas y cortesanas, ansias de fama; junto a los soldados navegaban sacerdotes, escribanos, poetas. Ante ellos desplegará esta “tierra nuestra sin nombre, sin América” (P. Neruda), su inmensidad territorial, sus riquezas ancestrales, su flora y fauna exuberantes e inéditas, sus Civilizaciones Mayores (Mayas, Aztecas, Incas), antiquísimas. En excelente y oportuno material retrospectivo —magnífica memoria de nuestros pueblos y de Venezuela— el diario EL NACIONAL de Caracas al celebrar su XL Aniversario, reedita o reactualiza aquellos cruciales sucesos (Edición de 3-8-1983): “Colón descubre tierra millonaria”; “En la tercera expedición el Almirante genovés dio con una gran extensión de tierra firme, rica en oro y perlas”; “Los nativos cambian sus riquezas por trozos de cerámica”; “Colón envió 170 perlas a los Reyes como prueba del hallazgo”. Así apareció el espacio venezolano (Tierra-Firme) en el escenario de la historia occidental, cuyo esplendor hizo creer al crédulo Colón que se había conseguido el Paraíso (en verdad era sólo la Península de Paria).¹¹

11. Nuevamente es L. Vitale quien reafirma lo aquí expuesto: “Desde las primeras cartas de Colón se evidencia que la Conquista de América se hizo bajo el signo capitalista del dinero, esa ‘celestina universal, según la genial frase de Shakespeare’ (*Introducción...* p. 153). El historiador chileno J. César Jobet nos recuerda, a su vez, que: “El Papa Alejandro VI (1493) —por bula— donó a la Corona Española todas las tierras descubiertas y aquellas que se descubriesen en el futuro, en el Nuevo Mundo. El rey de España concedió entonces a los conquistadores grandes ‘repartimientos y encomiendas’

Esta originaria y objetiva connotación de Tierra *próspera, rica, fecunda e inmensa* con que se describió los nuevos espacios descubiertos quedó registrada una y otra vez en la letra, en las Crónicas, Cartas y Poemas de Conquistadores y Colonizadores. Si bien —hay escritos precedentes de los propios aborígenes—, es desde y con Colón que se inicia la literatura *hispano-americana*: “Del diario de Colón en adelante esa literatura irá creciendo, dilatándose, imponiendo sobre la lengua, la grandeza de América, hasta dar a las palabras y giros castellanos nuevos sentidos, nueva intención, nuevo color. Esta literatura que nacía en el Cuaderno de Cristóbal Colón nacía, a pesar de Colón mismo...”.¹²

Son, pues, las propias Cartas del primer Virrey y Almirante de las Indias a los Monarcas españoles, el punto de arranque, no sólo de la *aventura*, sino de la *letra* (castellana) en América Latina.¹³ “Las tierras que acá obedecen a V. A. son más que todas las otras de cristianos, y ricas”, escribe el desesperado colón a su Rey, en su relación del Cuarto Viaje, desde la isla de Jamaica el ‘7 de julio de 1503 años’ (*Historiadores...*, pp. 17-18). De esta frase —tan breve— se contienen los elementos que gravitaron en la Conquista, y que se anuncian —o se renuncian— en las Crónicas desde entonces: Rey, Cruz, Oro. Bajo estos signos se mató, se esquilmo y se aniquiló la vida y las culturas aborígenes de esta Tierra-América, así descubierta y desalmada. Fray Bartolomé de Las Casas consignará, contrariando la aristotélica tesis esclavista de Ginés de Sepúlveda, y a contrapelo de inquisiciones, jerarquías y silenciamientos, aquellas acciones: “destruyendo aquellos reinos y tantas gentes en ellos, y haciendo heder el nombre de Jesucristo en aquellas naciones con sus obras tan detestables, como de ellos dijo San Pablo (*Id.*, p. 74). De este modo, a más de la deslumbrante naturaleza, van quedando descritos el ocaso de los pueblos primitivos, las luchas y sacrificios de Atahualpa, Guaicaipuro, Moctezuma, Caupolicán, y tantos otros defensores de tierra y libertad; el imperio de la codicia y la tiranía, el despojo de sus ancestrales espacios y costumbres a los verdaderos dueños y moradores de esta Tierra, los ‘naturales’, como defendiera el P. Las Casas. Junto con ello se destruyen las Obras, las ciudades, los bohíos y rucas, los conucos y chacras, el arte precolombino, sus religiones (‘behetrías’) y dioses agrarios. Se ahoga y silencia sus expresiones, se acalla la lengua autóctona. América, espacio libérrimo, con una Historia y ricas culturas, es *ocupada* y saqueada bajo el tremendo legado incurso en los clásicos lemas hispánicos; colonialismo, cristianismo y mercantilismo al trote del polvoriento caballo sudoroso en pólvora, dejando el hilo rojo de sangre nuestra en sus ecodidas y homicidas espadas; así se cumplió la Conquista, así se rigió el dominio colonial, bajo la servidumbre, el sojuzgamiento y la esclavitud para el indígena, el negro y el pardo. Esto no es ‘leyenda negra’: es crónica, historia, realidad sida y, a veces negada y/u omitida. (Ahí están los testimonios del P. Las Casas, de Oviedo y Baños, de Bernal Díaz

para recompensar sus servicios. En 1503 una real Cédula autorizó a los gobernadores para repartir los indígenas entre sus compañeros inmediatamente después de pacificada una región...” (*Temas históricos chilenos*, Quimantú, Santiago, Chile, 1973, p. 132).

12. VARIOS, *Historiadores de Indias* (Sel. y Pról., C. Arciniegas), Ed. Cumbre, México, 1977, 9ª ed., pp. X-XI.

1958), y el de R. Cadenas, el poeta del destierro (1960).

13. V. CUNEO, D., *Aventura y letra en América Latina*, Monte Avila, Caracas, 1975.

del Castillo, del Fr. Pedro Aguado, de Antonio de Herrera, de Pedro de Valdivia, de Alonso de Ercilla). Dependencia económica, social y cultural, de clases, de castas y de clanes —que aún pervive— con otros nombres y en otras formas en esta tierra mestiza.

“En la América del valle y la meseta, donde el hombre moreno de la gran víspera había gestado la vida, fundado sociedad y trabajado la historia... el talador de bosques tala culturas, tala templos, tala plantíos... el talador de bosques taló civilizaciones... se interrumpió la sociedad: se la despojó de historia y se le muere el estilo, se le pierde la palabra... La vida se desempeñó a distancia de la palabra...”¹⁴

Y queda la América desnuda, despojada y silente (‘las palabras las iba juntando y guardando el pueblo’). Y entonces no queda otra: el Conquistador utiliza y deja como legado —por sobre los despojos y la sangre derramada— un don precioso, un tesoro invaluable: *la lengua castellana*; su forma de comunicación. Pero esa lengua, reactiva ante un espectro estimulativo distinto, no siempre se corresponde con esta novísima y extraña realidad y peculiar entorno aquí habidos. América-continente será inenarrable: “sus civilizaciones derrotadas, sus espacios inmensos, sus promesas alucinadas son secreto y maravilla, misterio y *asombro*... El cronista no acierta a decirlo todo por más que imagine (*Id.*, p. 14). El lenguaje de Castilla tendrá que atemperarse, moldearse y, muchas veces, acoplarse con las lenguas aborígenes para poder nombrar y describir, para comunicar el paisaje real e imaginario, las vivencias suscitadas ante este Nuevo —y tan antiguo— Mundo. Mundo así poseído y maltratado: “Así fue devorada/ negada, sometida, arañada, robada/ joven América/ tu vida”, resume Neruda en *Canto General* (Ayacucho, 1976, p. 155). Aquel sentimiento de asombro y de ser sobrepasados al intentar expresar lo percibido viene a ser, para C. Fernández M. (*A. L. en su literatura*, Siglo XXI, México 1976³), la levadura que impregnará y hará crecer el arte creativo en nuestra América. Asombro mutuo; del español frente a la Naturaleza, a los hombres y sus magias y ‘fieros’, a sus costumbres y del ‘natural’ frente a esos hombres-barbados-caballos, a su ruidosa y letal pólvora, a su codicia y a sus extraños lenguaje y religión. Y así “letra y vida en imparable proceso dialéctico alientan en las nuevas tierras americanas” (Sambrano, *Literatura*... p. 399). Aún hoy, dos notables escritores nuestros insisten en que: “el tema americano colmó y hasta desbordó el ámbito geográfico de los mejores escritores” M. Benedetti, *id.*, p. 357) y, por su parte, J. Cortázar llega a afirmar que Latinoamérica como ámbito existencial para el escritor significa “pensar y actuar en un contexto donde realidad geopolítica y ficción literaria mezclan cada vez más sus aguas” (*El Nacional*, ‘Literatura e identidad’, 29/8/82).

Es en este contexto de desigual y desfasado amalgamamiento entre la vida y la letra, en esta Conquista así asignada y descrita, que se va produciendo paulatinamente el descubrimiento —aún inacabado— del inmenso espacio que va desde la Tierra de Gracia venezolana hasta el Finis Terrae austral. Y siempre con la infaltable caracterización de tierra rica, fecunda, vasta. Sólo como muestra tomaremos

14. SAMBRANO, O./MILIANI, D., *Literatura hispano-americana*, Manual Antología. Texto, Caracas, 1973, pp. 333/335.

los casos de Venezuela —el prototípico— y de Chile, atípico, dada su franciscana pobreza original.

“Entre las provincias que componen el dilatado imperio de la América tiene lugar, por una de las mejores, la que desde los principios de los descubrimientos se llamó Venezuela. . . En la parte que llamamos Tierra-Firme de las Indias tiene su situación la Provincia de Venezuela. Su terreno es vario, porque en la grande capacidad de su distancia contiene sierras inaccesibles, montañas asperísimas y tierras altas, limpias y alegres vegas tan fértiles como hermosas y valles tan deleitosos que en continuada primavera. . .”¹⁵

Así relata el primigenio cronista Oviedo y Baños el espacio venezolano con su ubicación y zonas. Su continuador, el autor del Primer Libro impreso en Venezuela (P. Grases), el Maestro Andrés Bello (1810), no sólo describirá el suelo y la economía de su patria colonial, sino que —superando su filo-hispanismo y monarquismo de entonces— denunciará: “En la Gobernación de Venezuela era el hallago del Dorado el móvil de todas las empresas, la causa de todos los males, y el origen de todos los descubrimientos. . . la manía favorita de los españoles en la Costa Firme” (*O. C.*, V. XIX, 1957, p. 29). Tal manía —según el P. Las Casas— había sido advertida por los indígenas, por lo cual defensivamente engañan y mienten a los dominadores:

“es de notar que, como los indios de todas aquellas provincias antedichas entendieron que tan sabroso era de oír a los españoles el oro y que todo su fin y negocio no era sino saber donde había oro, y donde se sacaba el oro, y quien poseía el oro, ya los indios usaban de esta industria para les agradar o suspender sus crueldades o para se escabullir de ellos, conviene a saber, fingir que en tales partes había inmensidad de oro y que habían de hallar por sierras y montañas. Ellos todo lo creían porque los codiciosos. . .” (*Historiadores. . .*, p. 66).

Por eso el Conquistador y Primer Gobernador de aquel otro extremo austral —del valle de Chili—, el trujillano don Pedro de Valdivia, relata que cuando fue a “poblar estas de Nueva Extremadura. . . supe como Mango Inga, señor natural del Cuzco, anda rebelado del servicio de V. M. . . avisó. . . que escondiesen todo el oro, ovejas, ropas, lanas y algodón y las comidas porque nosotros buscábamos esto, y el oro y todo lo demás quemaron, que aún a los propios vestidos no perdonaron, quedándose en carnes, y así han vivido, viven y vivirán, hasta que sirvan”¹⁶ Este extremeño, coterráneo de los Diego de Venezuela: el de Losada (fundador de Caracas) y el de Paredes (fundador de Trujillo), había llegado de Flandes a Italia, y por 1535 se embarca hacia Venezuela, donde participa un año en la Conquista, antes de arribar al Perú de los Pizarro. Aparte de sus encuentros con los araucanos (los mapuches: de ‘mapu’ = tierra, ‘che’: persona), los cuales finalmente lo derrotan (Tucapel) y comen su destrozado corazón (Navidad, 1553), así describe el fundador de Santiago de Chile aquel espacio sureño:

15. OVIEDO Y BAÑOS, *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, L. Navarro Ed, Madrid, 1885, V. I, pp. 5 y ss.

16. VALDIVIA DE, P., *Cartas*, Ed. Pacífico, Santiago de Chile, 1953², pp. 17 y ss.

“Y para que haga saber a los mercaderes y gentes que se quieran venir a avecindar, que vengan, porque esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no hay mejor en el mundo: dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento. . . el verano es tan templado y corren tan deleitosos aires. Es la más abundante de pastos y sementeras y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar: mucha y muy linda madera para hacer casas. . . y agua, leña y yerba para sus ganados”. E insiste: “la buena tierra que esta, de buen temple, fructífera y abundosa e de sementeras, e de mucha madera. . .” (*Id.*, pp. 101 y ss.).

Y así como Bello continúa a Oviedo en Venezuela, Alonso de Ercilla (*La Araucana*, Santiago de Chile, 1977), continúa en su épico poema la crónica y descripción de aquella ‘araucana tierra deseada’: “donde se muestra el campo más hermoso/ de infinidad de flores guarnecido:/ allí de un viento fresco y amoroso/ los árboles se mueven con ruido/ cruzando muchas veces por el prado/ un claro arroyo limpio y sosegado. . ./ allí se oye la dulce melodía/ de los cantos de las aves y la armonía. . .” (Canto I, p. 10). Pero junto con su admiración por aquella tierra y sus valientes gentes y la relación de la cruenta y empecinada guerra, el poeta-soldado no deja de consignar la actitud primordial del español frente a este suelo:

“crecían los intereses y malicias
a costa del sudor y daños ajenos
y la hambrienta y mísera codicia
con libertad iba paciando sin freno”.

(*id.*, p. 16)

De este extraño y dialéctico encadenamiento de tierra, hombres y letras de suelo y cultura, va a surgir tímida, ya en la Colonia, la voz criolla, contaminada de resonancias hispánicas, representada en el Inca Garcilaso (1539-1616) y Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695). El Inca, hijo de capitán español y de la princesa Isabel Chimpu Ocllo, transterrado a los 21 años desde su peruana tierra a España, escribe sus polémicos *Comentarios reales* (1609). Y todo ello escondido espacial y psicosocialmente entre sus vetas incaica e hispana. La otra voz, de enclaustrada fémica, dada al verso y a la prosa, trascenderá su espacio celular, en dramático debates entre lo profano y lo divino: la de Juana Ramírez de Arbeja, la feminista y precursora del ritmo negroide, la monja de Nepantla. Su obra más propia lleva el alado título *El Sueño*, que seguirán soñando y escribiendo otras latinoamericanas, ya en nuestro siglo: la otra Juana, la Ibarbourou del Uruguay, la Alfonsina del Mar y del Plata, y la Gabriela del Valle del Elqui. Y con el siglo XIX la Historia, la crónica, el ensayo, el poema y la novela propiamente criollas y americanistas vienen a consagrar la letra de nuestra tierra, inaugurada ya en Caracas y consagrada en Londres, por el Emancipador Andrés Bello (Caracas, 1781/ Santiago de Chile, 1865); según nuestro andino Picón Salas en su producción encontramos la ‘tentativa inicial de la cultura hispano-americana’.

III. - TIERRA, PUEBLO Y POESIA

“Tierra, pueblo y poesía son una misma entidad encadenada por subterráneos misteriosos. Cuando la tierra florece, el pueblo respira con libertad, los poetas cantan y muestran el camino...”.

PABLO NERUDA

Entre el habitar el hombre-pueblo la tierra y sus entornos, y el expresar, nombrar o designar las cosas, los lugares y sucesos hay toda una trama antropológico-existencial que, para nuestro tema, tiene relevancia crucial. Heidegger en su traducción de la poesía de Höelderlin¹⁷ recoge este texto del poeta de los poetas germanos: “por la poesía y poéticamente es como el hombre ha vuelto habitable la tierra. El poeta tiene por deber, por vocación, poblar con la palabra la tierra, los materiales lugares de habitación del hombre”. El Hombre habita la tierra, es ‘ser-ahí’, clavado en un ‘aquí y ahora’ del Mundo (existencial), pero la habita poéticamente, es decir, a través del Verbo, de la Palabra, del Lenguaje (la mansión del ser), y es así porque el *sentido* (de la existencia) habita, a su vez, la palabra. De aquí la función y la misión del escritor, del poeta, del novelista, del ensayista. Del Arte y la Cultura de un pueblo y en su tierra. “El hombre o el yo habitan en el cuerpo, en la casa, en las cosas, en el mundo, en el espacio y en el tiempo. Pero el sentido también habita en la palabra y en el signo, lo anímico, expresado, en la expresión”.¹⁸ Tierra, espacio-cultivo, espacio cultural, es el Mundo que hace al Hombre y su habitar, y al cual, a su vez, éste hace, rehace y construye, así como —a veces— según hemos comprobado, deshace y destruye. Pero Heidegger va más allá: “La esencia esencial, erradicable, es histórica: vale para los casos privilegiados, para ejemplos ejemplares, discontinuos, sueltos, señeros...” (*op. cit.*, p. 11). Tales casos suelen corresponder a los artistas, historiadores, filósofos y poetas. “La palabra poética —afirma Heidegger— no es sino la explicación de la voz del pueblo... Lo primero que hace falta, pues, para que la palabra individual ascienda a la categoría de voz es que se ponga a tono con el Pueblo, *que es colectividad enraizada en tierra*. El Pueblo es el que da el tono a las voces individuales para que de ellas resulta un concierto, y no un desconcierto, algarabía, confusión, Babel. Pero poner a tono y en un solo tono vida individual, religión, arte, ciencia, política, ambiente social, tierra, raza es prodigio histórico” (*Id.*, pp. 77-78), con comentarios de D. García Bacca).

En nuestra lengua castellana (o hispano-americana) han resonado voces concertadas con su Pueblo, como ya hemos esbozado, y como seguiremos escuchando. El español Antonio Machado, en su Arte poética, expresa, por su parte: “Escribir para el pueblo es, por lo pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla: tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer... Si vais para poetas cuidad vuestro folklore.

17. M. HEIDEGGER, *Höelderlin y la esencia de la poesía* (Pról., traducción y comentarios; D. García Bacca), U.L.A., Mérida, 1969, p. 80.

18. BOLNOW, O. F., *op. cit.*, p. 249.

Porque la verdadera poesía la hace el pueblo” (cit., *Id.*, García Bacca, p. 86). Y sintetiza y remacha: “Canto y cuento es la poesía/ se canta una vieja historia/ contando su melodía”.¹⁹

Y en su prosa complementaria es más llano y explícito:

“El sentimiento no es una creación del sujeto individual, una elaboración cordial del yo con materiales del mundo externo. Hay siempre en él una colaboración del Tú, es decir, de otros sujetos... Mi corazón, enfrente del paisaje, apenas sería capaz de sentir el terror cósmico... Mi sentimiento ante el mundo exterior, que aquí llamo paisaje, no surge sin una atmósfera cordial. Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien NUESTRO... que mi corazón siempre canta en coro, aunque su voz sea para mí la voz mejor timbrada... El lenguaje es ya mucho *menos mío* que el sentimiento... aprenderlo de los demás... El poeta comprende que, por debajo de la antinomia lógica, el corazón ha tomado partido...” (*Id.*, ‘Problemas de la lírica’, pp. 714-715).

Sólo para abreviar espacio y tiempo diremos que las ‘Artes poéticas’ postuladas y practicadas por nuestros poetas latinoamericanos (A. E. Blanco, Gabriela Mistral, César Vallejo, Ernesto Cardenal) se corresponden en lo esencial con esta postulada y mancomunada trabazón ‘voz-pueblo-poesía’. Y es, en gran parte, la base estética sobre la cual se ha erigido el ‘boom’ de nuestra Novela, desde la que cuenta lo real maravilloso hasta la que denuncia y testimonia lo real espantoso. Todo ello compendiado en este texto-clave de nuestro Mario Briceño-Iragorry; “Vivir, existir, constituye una actitud que supone relación e inteligencia. No se vive solo. Se vive con seres que complementan nuestro propio sentido de la existencia” (*P.I.T.*, pp. 136-137). Y ‘por el amor a la ciudad y a la nación, aseguramos anchos caminos para ganar el mundo’. Es desde aquí —desde este horizonte— que debemos entender la asunción que en forma insistente y comprometida hará de los versos enunciantes de León Felipe: “MIA ES LA VOZ ANTIGUA DE LA TIERRA”. Y será con ellos con los que abra las páginas de su sufrida prosa de *Alegría de la tierra* (Pequeña apología de nuestra agricultura antigua) —1952/1953—, radical texto hacia el cual vamos abriendo brecha y salvando obstáculos epistemológicos. Y no sólo aquí sino por varios lados de su producción —especialmente ‘desterrada’— campea el verso surcando su cultivo prosaico y solar. Tierra, suelo, territorio, por un lado, cultura, pueblo, moral (Humanismo), por otro, son las series complementarias que dialéctica y unitariamente enlazan su mensaje y sus pertinaces ensayos; más aún, cuando en su decir: “la lengua maravillosa que en la vieja Castilla comenzó como grumo de milagro, y en cuyo desarrollo actual trabajan los poetas, los ensayistas, los novelistas que consultan fielmente el espíritu del pueblo ya que, éste, en último análisis, y aún en forma inconsciente, es el verdadero constructor del idioma” (*Saldo*, 1955, p. 183).

Tierra, suelo, pueblo, hombres y letras —territorio-cultura—, amalgamados en función de construir una nacionalidad, una identidad y un destino en el espacio y en el tiempo contemporáneo. Pero antes de adentrarnos con alegría —ya li-

19. MACHADO, A., *Obras. Poesía y Prosa*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1964, p. 286.

viana, ya dramática— en la Tierra y el cultivo briceñanos, veremos a vuelo de pájaro cómo se ha ido gestando y desarrollando el tono y el tiempo de las voces de nuestros poetas y letrados, los antepasados y coetáneos, especialmente afiatados desde el siglo XIX.

Del mundo aborígen, de sus trabajos y sus días, sus luchas e imperios, olvidados largo tiempo en la siesta colonial, se han ido rescatando —tesoneramente—, señales y huellas que retratan, en alguna medida, su hábitat, sus costumbres y creencias. No sólo las consagradas civilizaciones azteca, maya e inca poseían avanzados niveles de organización social y de distribución espacio-temporal sino que, a su manera y en sus entornos ecológicos, cada grupo territorial —nación o tribu— ostentaban modos propios de convivencia, de expresión y de interpretación del mundo (muiscas, guaraníes, araucanos, waraos, timoto-cuicas, etc.). Había ‘mucho espacio de libertad silvestre’ (P. Neruda). “Cuanto es de bella la tierra que habitaban los aztecas valientes”, canta J. M. Heredia —el romántico y criollo hijo del no menos famoso Regente Heredia que nos retratará M. B. I.—, el *El Teocalli de Cholula*. Si juntáramos tierra y hombre americanos nos atreveríamos a connotar diferencialmente nuestra vieja cultura como CULTURA DEL MAÍZ, producto agrario que dirigía vida terrestre y divina. Y así lo han recogido y cantado no sólo nuestros antepasados indígenas y los cronistas hispanos, sino nuestros propios letrados latinoamericanos. A la inmensidad espacial, a la asombrosa fertilidad del suelo, se agrega la presencia enhiesta y directriz del cereal matriz, del Taita vegetal que alimenta, inspira, da valor a la vida psico-social y agraria del entonces gran espacio indígena. Tal impronta, tatuaje y señal, ha sido trasladada al verso y a la prosa identificatorias:

“Madre Icaque, que vives en Quibao/. . . Padre Ches, a mi troje repleta con granos abundosos; llena mis ollas/ con la fuerte chicha y a mi pecho con valor. . .” (*Canto guerrero de los Cuicas*, Trd. J. M. Urrecheaga).

“Chile, fértil provincia y señalada. . .” (*La Araucana*, A. de Ercilla).

“Salve, fecunda zona. . . el fértil suelo. . ./ el maíz, jefe altanero/ de la espigada tribu/ hincha su grano. . .” (*Silvas americanas*, A. Bello).

“tierra fecunda y virgen, montañas que po-blar. . ./ eran los padres nuestros/ eran cultivadores, agricultores diestros” (*Tutecotzami*, R. Darío).

“En la fertilidad crecía el tiempo. . ./ Como una lanza terminada en fuego/ apareció el maíz, y su estatura/ se desgranó y nació de nuevo/ diseminó su harina. . .” (*Canto general*, P. Neruda).

“Oh, mi tierra de oro que la Historia ilumina,/ de oro en los maizales y de oro en las minas!/ . . .Tú fuiste plácido testigo/ de aquel idilio recio, de aquellos besos sabios;/ temblorosos y ocultos en el maizal amigo/ puse toda mi vida entre sus labios. . .” (*Canto a la espiga*, A. E. Blanco).

Tal vez no haya suelo en el cual la remota significación etimológica y antropológica del término CULTURA se cumpla con mayor propiedad y actualidad que éste que pisamos y somos: *Latinoamérica*. Nuevo Mundo de Colón, Tierra-Firme de Oviedo, Costa Firme de Bello, Gran Colombia de Miranda y Bolívar, Nuestra América de Martí, Alma América de Chocano, Amor-América de Neruda, la tierra de Sandino, Prestes, Zapata, Manuela Beltrán, Gabriela, Ernesto Car-

denal y Guevara, Fidel y Allende; la Hispanoamérica postulada por Rodó, Ugarte y Briceño-Iragorry. Tierra fecunda en que el sembrar (germinar y cultivar —el crecer y madurar— y el duro cosechar con su signo y sino histórico-ambiental. Y en extrapolado y metafórico sentido, tal connotación agraria —tórrida, andina, pamplina o desértica— se transforma y proyecta en modos de vida y expresión, en ‘caracteres sociales’, en identidades nacionales, en Repúblicas, en lenguas y costumbres diferenciadas, pero unidas por ancestrales, subterráneos y abisales hilos y matrices comunes, en que lo común se resuelve en lo diverso y lo diverso se unifica en una sola y gran totalidad histórico-social: HISPANOAMERICA. Una cultura coherente con tales sedimentos y raíces debe construirse y crecer, ya no metafórica sino concreta, efectiva y afectivamente, a partir del inextricable lazo entre hombre y tierra. Problemas múltiples de la civilización nuestra —híbrida, alienada, impuesta— que nos envuelve, derivan —precisamente— del alejamiento y amnesia de tal basamento originario y radical: ahí están los desafíos ecológicos, el hacinamiento urbano y sus secuelas psico-sociales, la contaminación, la desnutrición, la incapacidad de auto-abastecimiento, etc., etc. De la injusticia (o ‘in-junticia’), de la depreciación del agro, del imperialismo sojuzgante, de las oligarquías prepotentes, es que se derivan los más graves problemas de orden macro-social en nuestra América: analfabetismo, ausentismo y deserción escolares, mortalidad infantil, delincuencia, segregación social, racial y cultural, etc.; aquella vieja estratificación generada en la injusta distribución de la tierra, reificado límite entre el propietario y el inquilino, entre el rico y el pobre, que impusieran los europeos a estos anchos espacios nuestros.²⁰ Y frente a los intentos de justicia, de realizar ‘reformas agrarias’, de predicar que la ‘tierra es nuestra, es tuya y de aquél, de Juan Miguel’ —como cantara Víctor Jara— se opone el sagrado y eterno derecho (‘natural’) de propiedad, y se instalan fronteras erizadas de minas y bayonetas, se regimentan límites y posesiones, y en los espacios internos se usaron y usan escuelas y estadios como cárceles y centros de tortura, etc., y todo ello —diría M. B. I.— en nombre de la sacrosanta cultura occidental y cristiana. Así se han barrido los más caros Ideales de nuestros antepasados indios y de nuestros propios Libertadores. Nuestros antepasados indios sabiamente cultivaron la savia de la cultura viva y real, la de la siembra y la cosecha, la del calendario y los ríos, la de los dioses agrarios. Los Habitantes del Ande americano, de las mesetas, de los valles, cuencas y desiertos trabajaron y produjeron la CULTURA DEL MAÍZ.²¹ Procuraron una vida repleta de labor agraria, de fiestas y sacrificios, con épocas de paz y de guerra, guardando su ser y habitar sobre silencios y palabras centradas en la tierra (chicha, troje, jojoto,

20. “El problema del campesinado indígena en L. A. ha sido, fundamentalmente, desde el momento en que se instituyó el sistema de la hacienda, un problema de super explotación económica y social, en cuanto fuerza de trabajo agrícola, la que ha permitido también producir la renta de la tierra para la clase terrateniente” (BERDISHEVSKY, B., “Etnicidad y clase social en los mapuches”, en *Rev. Araucaria*, de Chile, Ed. Michay, Madrid, N° 9, 1980, p. 65).

21. “En América Latina, escribe nuestro vital Vitale, la base de la dieta aborígen estaba constituida por cereales y tubérculos, cuya importancia fue tan decisiva que algunas de esas sociedades son conocidas con el nombre de ‘cultura del maíz’, ‘cultura de la yuca’, ‘cultura de la papa’...” (*Hacia una historia...*, p. 45).

tamal, ají, guayaba, chacra, papa, ocumo, etc.). Aquí MAIZ, junto con significar elemento cereal y nutricio que sustenta vida y cultura, define, a su vez, un símbolo que contiene el agua y el cielo, que denota árboles, flores y frutos, animales, aves y fantasmas; es el mundo del samán, de la araucaria, de la palmera, de la orquídea, el copihue y el chamal; de la piña y el cacao y el algodón, del jaguar, del cóndor, del quetzal, de la iguana, del caimán y la mapanare. Y junto con ello ríos ancestrales, montañas feraces, volcanes caudentes, selvas herméticas, llanuras sin límites, con esperadas lluvias y tormentas e inesperados terremotos. Es lo que los poetas —ojos que vigilan el tiempo— pre-avisar, anuncian, nombran, cantan, alertan (de los peligros). Ellos observan y limitan en el campo de juego las reglas y los deslindes, vislumbrando y cuidando —como hemos visto— que el hombre americano habite su tierra solar y acrisoladamente. De aquel mundo no sólo quedan restos del lenguaje y su sentido, sino que sus antiguas palabras pululan e impregnan la lengua mestiza de nuestros pueblos, expresando sentires y visiones propias de su entorno y paisaje (voces de arahuaco, nahuatl, quechua, aymarí, guaraní, chibcha, chama, mapuche, etc.).²² Y más aún, muchos vocablos fueron y son compartidos, por sobre las diferencias y las distancias —en su forma y/o en su semántica, aún hoy, y por supuesto, la mayoría de ellos no están contemplado en el ‘Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española’. Tanto ‘cuica’ como ‘mapuche’, por ejemplo, significan ‘hombres (dueños) de la tierra’: así de simbiótica era la relación y la identificación originarias; así de cruel y doloroso fue el despojo que les hicieron. No en vano la Guerra de ARAUCO dura largos 346 años (1536-1882), y en Venezuela los indígenas de Coquivacoa (Maracaibo) opusieron tenaz resistencia al Pacificador trujillano Alonso de Pacheco: “en 1568 empezó a costear las orillas de la laguna, en cuya vuelta gastó tres años de continuos debates con los Sapparas, Quiriquires, Atilés y Toas, sin poder quitarles impunemente un palmo de tierra” (A. Bello, O. C., V. XIX, “Resumen...”, p. 34).

A pesar de que el español impone la institucionalidad formal, en lo político, civil y religioso —y especialmente en lo idiomático—, en lo informal y en lo vital persisten viejas creencias, rituales, ritmos, música y formas expresivas en que se ha recogido vivencial y popularmente el ‘legado indio’, conformando así esa constelación de rasgos psico-sociales, históricos y culturales —chos y etnos— que nos identifica y define como pueblos y como individuos; *el mestizaje*. Y si bien la lengua y la letra española es la que se ha ido imponiendo, incluso con los propios aportes de latinoamericanos como Cuervo, Bello y Baralt, en el decir de Mariano Picón Salas:

“El secreto de nuestra psique ha de rastrearse frecuentemente por indirecta ruta emocional y estética. Requiere de poetas tanto como de historiadores. Está envuelto en el misterio semántico de nuestro castellano criollo, mulato o indígena, absorbedor de nuevas esencias y forjador de palabras,

22. Ver: OROZ, R., *La lengua castellana en Chile*, Santiago, 1966; LIPSCHUTZ, A., *El indioamericanismo y el problema racial de las Américas*, Santiago, 1944; PICÓN S., M., *De la Conquista a la Independencia*, México, 1944; ROSEMBLAT, A., *La población indígena y el mestizaje en América*, Buenos Aires, 1954; MOSONYI E., E., *Identidad nacional y culturas populares*, Caracas, 1982.

ese castellano de los 'americanismos' en que se han grabado las vivencias y las metáforas del aborigen en la lengua importada y del español en un mundo distinto; se expresa en música, ritos, fiestas y danzas... por eso... la síntesis de América es la definitiva conciliación mestiza".²³

El aporte creativo y constructivo que este venezolano-chileno M. Picón Salas ha realizado a través de su producción para esclarecer nuestro proceso de sociogénesis histórico-cultural es de extremada importancia, paralela a la que estamos asignando a su compadre y amigo M. B. I., o a la que tiene P. Henríquez U. (*Las corrientes literarias en A. L.*, 1949). En toda su obra son enarbolados nombres y signos de los espacios venezolanos y latinoamericanos, deteniéndose con justiciera atención en Francisco de Miranda. En su geométrica 'Penetración de América, calibra las dificultades que natura impone para el logro de una cultura unitaria; "Más que otros continentes América se penetra por grados de latitud, ya que no es tanto la cultura lo que separa los pueblos como el medio telúrico, la Geografía, la sangre... América vertical. Los Andes la vertebrada y van creando su cultura. A la penetración por latitud, los Andes agrega la penetración por altura... tierra que se llamaba *Anti* en la geografía poética de los incas. En los Andes nació la economía vital a que se suele llamar cultura; concentrar fuerzas, aprovecharlas, más que dispersarlas... estamos de nuevo añorando otra economía vital, otra organización del trabajo, de la tierra y del agua, que son para el servicio de todos". (*Id.*, pp. 519 y ss.).

Nuestra América es descrita así por el insigne ensayista— émulo de M.B-I. y A. Uslar P.; como un problema y un misterio de índole *espacial*. Y en tanto territorio o zona queda connotado como 'agrario', en el que campea como un dios el MAIZ, el cereal ya tipificado como ancestral:

"Lo que es claro —completa el ensayista— es que los propios aborígenes atribuían al hallazgo del pródigo cereal su entrada en la historia. De maíz se forman los primeros hombres en una de las leyendas cosmológicas del Popol Vuh maya, y desgranándolo y moliéndolo hasta fermentar, el Ixmucané hizo nuevas bebidas que contienen la sustancia que dio a la especie humana su fuerza y energía..." (*Id.*, p. 772).

Confirmamos, una vez más, cómo el Maíz y su presencia —terráquea y mística— en la cultura primitiva no se queda allá, no muere, sino sobre el talaje reverbera y persiste, soterrada y agrariamente, manteniendo su vigencia como totem identificatorio en nuestra propia y actual cultura latinoamericana, que cubre el espacio que va desde México hasta conjugarse en araucana tierra como 'muday' y derramar sus granos como 'choclo'. Siempre alimentando e inspirando festivales y ritos, calmando sedes siderales, haciéndose tamal, arepa o humita o deshaciéndose como locro, chuchoca, atol de jojoto o pastel de choclo, y hasta condimentando tangos, merengues o joropos. Son entregas que el cultivo del maíz otorga al hombre americano. Bajo su alero compartían los comunitarios dueños de estas tierras viejos mitos, derivados desde el Sol y la Luna y encuadrados en los cuatro puntos cardinales y mojados por el mismo y terrible DILUVIO, hasta que la tierra se secó para habitarla. Desde entonces quedó —como muestra— según la mito-

23. PICÓN S., M., *Obras Selectas*, Edime, 1953, pp. 794-795.

logía chibcha el torrentoso Tequendama. Por todo ello no hay cantor, cronista, mago o hechicera de nuestros pagos y campos que no hayan mentado la palabra y el sentido del MAIZ; porque es el sentido del verbo y de la letra nombrar, designar, contar, cantar, guardar y cuidar nuestro ser histórico-social —nuestra Cultura más enradicable— y hacer de esta Tierra espacio habitable, morada y Nación. Gabriela Mistral, esa ‘sacerdotisa de una peculiar religión indoamericana’ —como dice el propio Picón Salas—, postula que ‘lo que el poeta hace por su pueblo es lo que el alma hace por el cuerpo’, y sintiendo la ancestral llamada y el necesario rescate de nuestra dorada cultura cereal canta:

“Ley vieja del maíz
caída no perece
el hombre del maíz
se juega, no se pierde”.

(En *Tala*, 1938)

IV. - LA LETRA DICIENDO TIERRA VENEZOLANA

“injértese en nuestras Repúblicas el mundo pero el tronco ha de ser nuestras Repúblicas”.

JOSÉ MARTÍ

Antes de ingresar al campo de la letra prosaica con que Mario Briceño Iragorry cuenta y canta con alegría y hace la apología de la tierra y agricultura de su Patria, y siguiendo sus propios señalamientos, se hace necesario bosquejar los precedentes que con criolla —a veces con tiznes hispanos— tinta e imprenta habían escrito sobre esta Tierra-Firme y su cultivo. Sin desmerecer otros nombres centraremos este preámbulo en tres poetas que son símbolos enaltecidos en y de nuestra América; Andrés Bello, Andrés Eloy Blanco y Pablo Neruda. Tríada ligada no sólo por haber habitado esta ardiente tierra, sino especialmente por el inmenso amor que hacia ella expresaron en sus versos. Y también con sentimientos de dolor, de denuncias y anuncios, según los vientos históricos que soplaron por estos lares. Ellos —y tantos otros—,²⁴ insisten y continúan predicando aquella primigenia connotación dada a la tierra, ya desde las inaugurales Cartas colombianas, como *rica, fértil, exuberante*, etc., agregando sus antinomias social-históricas, la génesis de aires libertarios y hospitalarios, y sus ciclos de pobreza, abandono, dependencia y sujeción.

En su postrer y póstumo Mensaje emitido desde su orientadora y semanal ‘Bitácora’ (*El Nacional*, 7-6-58) B-I, publicaba el texto con el cual rindiera homenaje a Andrés Eloy Blanco en la agraria tierra de Maracay:

24. De acuerdo con E. Vera (“Los poetas, las voces y los ecos”, *Ponencia II Congreso de Escritores de Lengua Española*, Caracas, Casa de Bello, Caracas, X, 1983), hoy tenemos que destacar como nombres significativos de la poesía venezolana los de J. Sánchez P. y H. Rivera; y especialmente el de coterráneo de B-I, Ramón Palomares (*El Reino*, 1958), y el de R. Cadenas, el poeta del destierro (1960).

“Para honrar al gran poeta en quien logró su mayor claridad la intuición fecunda que tuvo por principio y maestro al viejo Bello... albacea del mensaje poético...”. Y cierra el circuito: “Más tarde yo, en sufrida prosa, hube de hacer la apología de la antigua agricultura, que en la Musa de Bello tuvo didascálica fluencia y en la musa de Andrés Eloy Blanco su más subido elogio”.

Es, pues, M.B.I. quien nos retrotrae hacia los nombres de Bello y Blanco, los Andreses de Venezuela, y nosotros, por razones varias y complementarias, traemos el nombre de Pablo Neruda.

En la letra poética latinoamericana se han hecho intentos de construir un CANTO AMERICANO, un Poema integral que cuente y cante Tierra, Hombre e Historia de esta América y su Alma. Las *Silvas bellistas* —más acá de su significación inaugural— sólo se quedaron en ‘intencio’, en frustrado proyecto de nombrar la totalidad de esta ‘del antiguo Océano hija postrera’. Pese a su claridad intelectual respecto al rol fundante del poeta, del cronista, del historiador y del escritor en la especial coyuntura de su época (de ‘emancipación mental’, según L. Zea), Bello tuvo evidentes limitaciones en este campo de la creación, las cuales sumadas a sus múltiples roles y fundaciones culturales e institucionales, no hicieron posible que fuese él mismo aquel ‘Marón americano’ anunciado en su *Alocución*. Como sintetiza A. Uribe, su proyectado Poema ‘América’ desemboca en un “poema frustrado de una América también frustrada”.²⁵ Y su sobrino-nieto J. Edwards Bello, en su *Bisabuelo de Piedra* (Santiago, Chile, 1978) es más certero cuando juzga que “Bello el humanista fue más poeta por inteligencia que por intuición” (p. 146). Y por lo mismo, Andrés Bello, por humanista y fundador-institucional, fue Maestro de poetas, legisladores, historiadores, etc., y —a pesar de los pesares— su inigualable ‘imitación’ de *La prière pour tous* (V. Hugo) sigue siendo, según el propio Uribe: “el mejor poema escrito en Chile durante el siglo XIX”. Y, en el ámbito americano, sigue siendo el primer poeta criollo nativista, en el sentido de decir, nombrar el suelo, la fauna, la flora, el hombre y la historia de esta Tierra surgente e insurgente. Por esto, y por otras variantes personal-vitales y de su rol de emancipador cultural, Bello es antecedente necesario, en este caso, de toda prosa o poesía americanista y criolla.

Andrés Eloy Blanco, también quiso construir aquel Canto integral americano y lo trabajó: “desgraciadamente la vida azarosa que llevó el poeta, acosado por las fuerzas de la Dictadura, le impidió realizar tal designio”. De su pérdida e incompleta producción reflataron aislados los Cantos IV y LVII, que se recogen en sus *Obras Selectas* (Edime, 1968, pp. 539).

Y entonces, otro albacea de Andrés Bello, alumno de su fundada Universidad, Pablo Neruda, emprende y logra —tras una década de esfuerzo y un año de construcción, perseguido en su propia tierra (1948)— el anunciado y esperado CANTO GENERAL (publicado en el destierro, México, 1950). Canto poético que, como resume Fernando Alegría en el Prólogo de su última edición (Ayaucucho, Caracas, 1976): “es cosmogonía, historia política, exaltación lírica del

25. URIBE, A., “Poesía de Bello”, en *Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello*, Ed. U. de Chile, Santiago, 1970, p. 200.

paisaje americano, recreación del pasado heroico y fundamentación dialéctica del proceso de emancipación colonial” (p. XXVI). De esta su obra ‘más importante’ y de otros textos nerudianos extraeremos el humus y el amoroso latido venezolanistas que exhuman y palpitan en sus surcos discursivos. Pero hay otra razón, más profunda, expuesta por el propio vate araucano, y que apunta a la unidad y hermandad espacial que reúne y conecta los entresijos del Canto General con tierra venezolana. A raíz de la muerte de su padre (1938), de la crucial experiencia de la Guerra Civil Española (*España en el corazón*, 1937/1938), y de su viraje trascendental desde una poesía subjetivista a la comprometida, con su subsecuente ‘toma de partido’, cordial y guerrera, Neruda mira y redescubre su Tierra, y el primer nombre que designa en este vuelco de su arte poético es el del Libertador SIMON BOLIVAR: *Canto a Bolívar* (México, 1941). Y se embarca en un poema llamado inicialmente ‘Canto a Chile’, pero cuenta: “Muy pronto me sentí complicado porque las raíces de todos los chilenos se extendían debajo de la tierra y salían en otros territorios. O’Higgins tenía sus raíces en Miranda...”.²⁶

Vamos, pues, a viajar por los viejos espacios venezolanos —su tierra, su flora, su agro— a través de la guía de estos tres escogidos nombres latinoamericanos: Bello, Blanco, Neruda. Sus surcos y decires, sus versos, abonarán el terreno para aprehender con mayor holgura y hondura el ‘sentido’ de la prosa con la cual M. B.-I. cantó con alegría a su tierra.

Por supuesto, el principio verbal de nuestra tierra es letra y voz criolla y americanista fue el emitido por Andrés Bello: jurista, gramático, filólogo, poeta, educador, etc.; en ninguno de estos predios de su producción está ausente el sentido y el vocablo *tierra*, o zona, suelo, territorio, República, patria. No sólo abogó y logró la abolición de los Mayorazgos, aupó y dirigió los estudios geográficos, científico-naturales e históricos (a través de su condición de Senador y Rector vitalicio de la Universidad de Chile), declaró válido el Derecho de Asilo, etc., sino, antes que nada y sobre todo, fue el auténtico constructor —bajo la protección de los ‘pelucones’ chilenos— de la institucionalidad jurídica y socio-cultural de la República de Chile, labor egregia y titánica que llevó a su discípulo más discípulo —Francisco Bilbao— a llamarlo “Arbol majestuoso de la zona tórrida transplantado a Chile... Hoy tu sombra es sagrada”.²⁷

Obviando aquí la densa atmósfera y el complejo proceso de transformación vital y política que sufriera el personaje Andrés Bello a través de su triple residencia: caraqueña, londinense, santiaguina,²⁸ y acotando los espacios de su discurso referido al suelo venezolano, señalaremos, en breve rastreo, algunos títulos y frases. Desde su primer poema *El Anauco* (1800), su *Venezuela consolada*,

26. EN AGUIRRE, M., *Genio y figura de Pablo Neruda*, Buenos Aires, 1967, p. 146. Ver, además, GRISANTI A., *Miranda...* Caracas, 1954, cap. “Padre y Maestro del Libertador de Chile”, pp. 19-23.

27. Cit. FERNÁNDEZ, L. S., *Cartas a Bello en Londres, 1810-1829*, Ed. A. Bello, Santiago, Chile, 1968, p. XI.

28. V. RUBILAR S., L., *La identidad psico-social en Andrés Bello*, N.U.R.R., Trujillo-C.D.C.H.-U.L.A., Mérida, 1982.

incluido su desgajado recodo espacial 'hace el Anauco un recodo en donde...', hasta su única y última prosa escrita en la Gaceta de Caracas (27-X-1809) y su *Resumen de la Historia de Venezuela* (1810): todo ello es decir y expresar tierra y valor venezolanos. En su 'Resumen' escribe: "La Provincia de Venezuela debe elevarse al rango que la naturaleza le destina en América... La obstinada resistencia de Guaicaipuro, jefe indio, del país de los caracas...". De Trujillo, la de M.B-I, deja impreso: "Pocas ciudades de la América pueden gloriarse de haber hecho tan rápidos progresos como los que hizo Trujillo en el primer siglo de su establecimiento. El espíritu de rivalidad de sus primitivos habitantes se mudó con el suelo en una industriosa actividad, pero las incursiones del filibustero Grammont asolando su territorio...".²⁹ En los textos referidos a Trujillo los términos 'país fértil', a cuyos habitantes 'los cuicas' había que 'reducir', y la rivalidad transformada por el 'suelo' en actividad agraria, son los que reeditará, una y otra vez, en la prosa referida a su ciudad, el trujillano M.B-I. El *Resumen* es el legado que el venezolanísimo Bello deja escrito para su patria, antes de *partir* (Misión a Londres, con Bolívar y López M.), sin saberlo, para no retornar.

Pero será en sus SILVAS AMERICANAS ('Alocución...!', 1823, y 'A la agricultura...', 1826), silbadas como clarinadas hispano-americanas desde la sajona niebla londinense, en donde emergerá el Bello-americano y venezolano-republicanista y, con ello, el cantor primero de la Tierra y del Hombre de Nuestra América.³⁰

Junto con ello este Proyecto de Canto Americano, constituye la primera y definitiva expresión de identidad americanista del personaje A. Bello. Su convite a la Poesía, 'maestra de los pueblos y de los reyes', a que vuele 'adonde te abre el mundo de Colón su ancha escena', tiene un profundo significado antropológico-histórico. Tienta a las Musas con América, 'del sol joven esposa', y le ofrece *moradas* diversas a elegir, para que habite sus libérrimos espacios. No sólo nombra a los Libertadores criollos sino, incluso, a sus héroes aborígenes: 'Caupolicán y Guaicaipuro altivos!'. Y es en *Agricultura de la Zona Tórrida* donde se levanta anhiesta, exuberante, fecunda —a pesar del corsé clasicista— la natura y la productividad agraria, con sus símbolos, nombres y hombres, reiterados por la poesía posterior. No insistiremos —por conocida— en la larga (corta, en realidad, frente al paisaje descrito) nómina de frutos, árboles, flores, tubérculos, espacios y personajes, que inscribirán las bases de la literatura de lo 'real maravilloso' carpenteriano. Pero sí insistiremos en frases-claves para nuestro briceñaño tema: 'fecunda zona', '¿por qué ilusión funesta/ aquellos que fortuna hizo señores/ de tan dichosa tierra y pingüe y varia/ al cuidado abandonan/ y a la fe mercenaria/ las patrias heredades... (arcaica matriz semántica sobre la cual volverá la letra del nacionalista M.B-I); 'Id a gozar de la suerte campesina.../' el fértil suelo(/ áspero ahora y bravo/ al desacostumbrado yugo torne/ del arte humano y le tribute esclavo/ ...Ya dócil a tu voz agricultura.../ Que suelto el cuello de extranjero yugo/ irguiese al cielo el hombre americano.../ la libertad más dulce que el imperio.../'.

29. V. BELLO, A., O.C., Vol. XIX, Caracas, 1957, p. 20 y ss. También cf. GRASES, P., *El primer libro impreso en Venezuela*, Caracas, 1952.

30. BELLO, A., *Obra Literaria*, Ayacucho, 1979, pp. 20-49.

De este proteico decir poético, primario y enclave para todo otro decir posterior, haremos nuestros los tres enjundiosos juicios siguientes que resumen, en lo esencial, la trascendencia de esta producción bellista:

F. Paz Castillo: “americano como ninguno otro lo ha sido, hunde bien sus pies en la tierra, sobre todo en la tierra venezolana” (en Bello, *O.C.*, Vol. I., Pról., p. LVIII).

M. Briceño I.: “el poeta puede ayudar al pueblo. Bello enseñó en verso. Nuestra más clara lección de civismo y de trabajo está contenida en la *Silva del Maestro* inmortal... Rubén Darío es la voz de América prieta que repudia a la voraz Aguila del Norte. Son como la torre que alerta del peligro. De la mano del rudo obrero hacen la unidad de lo diverso donde descansan las naciones”. (*Aviso a los navegantes*, 1953, p. 43).

E. Rodríguez M.: “Para volver a encontrar en las letras una semejante capacidad de poetizar lo objetivo, de enriquecer el territorio de la poesía, no con el mundo interior del poeta, sino con el ancho mundo de imágenes americanas, hay que esperar a Pablo Neruda en su *Canto General* (1950). No en balde ha podido señalarse como antecedente de su poema las geniales *Silvas* de Bello”. (*El otro Andrés Bello*, Monte Avila, Caracas, 1969, p. 107).

En el ámbito de la significación de ‘lo espacial’ en la vida y producción de don Andrés Bello nos queda aún un recodo que es preciso rodear ya que, aunque semi-oculto en las laderas de sus versos y en las entrelíneas de sus Cartas, gravitó fuertemente en él y que —coincidentalmente— importará, y mucho, en las existencias de A. E. Blanco, de M. Briceño I. y de Pablo Neruda: la impronta y experiencia del *des-tierro*. Y lo que habla el decir —y a veces el callar— del exiliado Andrés Bello es la profunda y dolorosa vivencia respecto a su ancestral, sentida y nunca olvidada ni traicionada IDENTIDAD VENEZOLANA. La temática no sólo es constante e iterativa en cada una de sus misivas personales: desde Londres anunciando pronto regreso, desde Chile adorando su Caracas, el Avila y el Guaire, y siempre, siempre, el Anauco, desde Arauco, alucinándose con las vegetaciones y cultivos de la Venezuela de comienzos del siglo XIX, etc.; es, además, motivacional-afectiva y abundan frases confirmatorias: ‘mi largo des-tierro’ (1842); ‘mi patria’ (1846); ‘cariño a mis compatriotas todos... nuestras escenas tropicales, nuestros valles, nuestros pueblecitos, nuestras siembras...!’ (1854): es el Bello desterrado, desarraigado de su amada Venezuela.³¹

Ricardo Donoso, el acucioso historiador chileno cierra su ‘Definición de Bello’ (*Rev. Política*, Nº 43, 1965) con este aserto tan válido en su caso y tan extensible a tanto desterrado americano, antaño y hogaño:

“Bello parece que no era feliz, por cuanto había visto correr lo mejor de su vida en tierras extrañas, a cuatro mil leguas de distancia del Avila y del Anauco, sin poder estrechar con ternura junto a su corazón a todos sus seres queridos, evocando la tierra y el paisaje... y llevando en el fondo del alma esa incurable herida que es para un hombre vivir y morir lejos de la patria...” (p. 19).

31. En SAMBRANO U., O., *A. Bello. Antología General*, T. II, 1981, pp. 1593, ss.

Y es en el verso bellista en donde se desliza con mayor latencia el palpito angustiante y el ritmo recurrente del sentimiento doloroso del exilio: allí se expresa, a veces metafóricamente, como en 'A Olimpio', 'Los duendes' e, incluso, en su 'Oración por todos' (en *O. L.*, pp. 82 y ss.), y en toda su producción 'chilena'. Tal motivación afectivo-emocional que, en tanto incentivo frustrado, se convierte en fijación y regresión con respecto al tiempo pasado y al suelo materno, tuvo en él —como en A. E. Blanco y M. B-I— visos de *fractura* entre 'vida en tierra natal' y 'vida des-terrada'. Es éste un tiempo crítico en que el espacio (como patria, patrimonio, territorio, solar, lar) adquiere relieves y proyecciones terribles en una vida humana: lo que viene a resultar una dramática confirmación de la postulada trama y encadenamiento entre lo social-histórico y lo individual, entre tierra y hombre.

Pero es en un último y también inacabado poema chileno, transido de ráfagas de nostalgia venezolana, en donde se trasunta más trágica y definitivamente tal sentimiento exiliar: *El Proscrito* (en *O. L.*, pp. 56 y ss.):

“En vano, en vano/ se adopta nueva tierra, no se enrola/ el corazón más que una vez; la mano/ ajenos estandartes enarbola;/ te llama extraña gente ciudadano/ Qué importa? No se prescriben los derechos/ del patrio nido en los humanos pechos!/ . . . Al campo! Al campo!/ Allí la peregrina planta que, floreciendo en el destierro/ suspira por su valle o su colina/ simpatiza conmig o me alucina. . .”.

Texto increíble por su profundidad y autenticidad, en el cual el intelectual Bello, cual adolescente, proyecta psicodinámicamente su subjetividad dolorida en la pantalla espacial y continental que le ofrece 'el campo'. Es este Bello venezolano de toda la vida y hasta la muerte, a quien se ha negado y se ha pretendido desconocer en sus sentimientos nacionalistas, y al cual se vituperara ('vil libelo') injustamente en la Caracas de su juventud. Es ahora ya, como lo es para los casos de Bolívar y Briceño I., de que tales nombres de piedra del edificio venezolano —y latinoamericano— sean re-situados y se les otorgue el sitio —no estatuario, ni de la loa o la interesada utilización— sino el que les corresponde: el sitio cordial que deben ocupar en el corazón, en la vivencia colectiva de su pueblo y de sus juventudes. Es el caso paradigmático y trágico de Bello con respecto a su patria, que constituyera el Norte afectivo que oteaba ansioso desde aquel lejano sur araucano. Y es este Bello: poeta, cantor y emancipador, fundador de fundaciones, creador de cultura, piedra y cimiento, Maestro, el que M. B-I viene a rescatar a través de múltiples ensayos y artículos (período 1951-1952), y al cual toma como Modelo y figura significativa e identificatoria ('numen') para sí propio y para la juventud de su Patria.

El segundo hito nominal de esta tríada de excelencia poética americana lo ocupa Andrés Eloy Blanco. Ya hemos visto cómo para M.B.I el albacea del mensaje poético bellista y una de las voces poéticas del pueblo es Andrés Eloy, su amigo desde los 15 años (1912), muerto inverosímilmente en México, 1955. Así escribe B-I en Bogotá (*Diario El Tiempo*, agosto, 1955):

“Mientras los valores de la anti-Patria señorean el mando de la nación que engendró a Bolívar y a Bello, los que sienten a Venezuela con ardor

visceral han de resignarse a 'entornar los ojos para mirar la Patria' desde la bruma dolorosa del exilio cruel... El Poeta dictó su testamento lírico en forma de mensaje a los pequeños hijos. En *Giraluna*: su extraordinario 'Canto a los hijos'. Pensaba en Andrés Bello, en Vargas, en Baralt, en Bolívar, en Miranda, en S. Rodríguez, en García de Quevedo, en Monseñor Jáuregui... 'El hijo grande se le muere afuera' (presentimiento de vate)".

Y cuando B-I exalta, poco antes de morir él mismo, el nombre del poeta del agro en Maracay no olvida que el problema de la tierra es una cuestión de justicia social:

"La agricultura que ha enriquecido a oligarcas y déspotas... A. E. B. cantó a la espiga y al arado, ponderó la faena agrícola, cuando desgraciadamente comenzaba para esta Venezuela el ciclo de su abandono y de su ruina. Caballero en el rápido pegaso del verso, atraviesa las tierras patrias desde los altos montes de encanecida testa, hasta las bocas milagrosas del Orinoco Padre". (*El Nacional*, 7-6-58).

Y el gran Andrés Eloy, a pesar de no poder elaborar un Canto a la América, sí pudo contar y cantar —casi palmo a palmo, nombre a nombre— su Venezuela, en forma cordial y llana, accesible y acogedora para los oídos y corazones de su Pueblo. Ora libre, ora preso, ora desterrado, en espacios distintos, vuelve y retorna, da vueltas, gira, gira sobre su espacio-madre. De sus versos agrarios, terráqueos y libertarios (*Obras Selectas*, Edime, 1968) espigamos sus tesoros más venezolanos, para enrumbar nuestro camino hacia los predios y rastros que cuidará el vigilante de nuestro tiempo democrático: Mario Briceño Iragorry.

De sus *Tierras que me oyeron* rescatamos títulos y decires: 'Por la tierra madre, donde nuestra infancia' (p. 6); 'Canto a la espiga y al arado' (pp. 7 y ss.). De *Baedeker, 2000*: 'Venezuela' (p. 31); 'Coquivacoa' (p. 111); 'Arbol' (p. 242); 'Juan Bimba' (p. 255); 'Touring-Club. Itinerarios. (pp. 274-305). Sus cantos al Orinoco (p. 324) y los libérrimos versos encastillados en La Rotunda y Puerto Cabello (pp. 269 y ss.); sus pardos versos, tan cantados en esta América morena: 'Píntame angelitos negros' (p. 521), y su gran y final y fiel GIRALUNA, escrito en Cuernavaca, México, 1954, en que ella girando ama, canta, duerme y hace dormir, lava, se marea mirando mares, y con quien canta a sus hijos así: 'Tengo dos hijos, tierra, tengo dos hijos, cielo' (p. 618). Y para nuestro objetivo y para la intencionalidad temática en que centraremos nuestra mira recolectamos este mensaje que fue nominado por su autor 'Clase', guía para desterrados y lección para los que destierran:

"Ayer la geografía era presente y viva/ ayer sólo la Historia era pretérito/
Hoy, ya para nosotros, geografía es historia.../ Los cuatro que aquí estamos/
nacimos en la pura tierra de Venezuela,/ la del signo del Exodo,
la madre de Bolívar,/ y de Sucre, y de Bello y de Urdaneta/ y de Gual
y de Vargas y del millón de grandes/ más poblado en la gloria que en
la tierra,/ la que algo tiene y nadie sabe donde,/ si en la leche, en la sangre
o la placenta/ que el hijo vil se le eterniza adentro/ y el hijo grande
se le muere afuera.../ y todo comenzó en Coquivacoa.../ amamos a
Bolívar como a la vida misma/ y al pueblo de Bolívar más que a la vida
entera/ y a Venezuela, inalcanzable y pura/ sabemos ir por el 'bendito
seas'..." (pp. 622, ss.).

Premoniciones de vate vaticinó B-I., a sabiendas de las propias que ya se venían en plan de arrebato; premonición de pueblos, de tremenda vigencia en este año 1983 —Bicentenario bolivariano y aniversario briceñiano— en que nuestra América es amenazada, una vez más, 'por el del Norte', ahora en sus aguerridas y tropicales islas caribeñas, y en que miles y miles de desaparecidos murieron dentro y se desviven fuera de sus lares. Y mientras, las espadas entregadas por el pueblo a sus soldados, señorean vilmente dirigidas hacia sus hermanos para reprimir, asesinar y dominar. De Chile digamos que justo en este mes de septiembre —el de la Primavera y de las flores— se cumple un decenio de genocidio y satrapía; agregando a sus muertos y desterrados de otrora: Ercilla, O'Higgins, Carrera, Gabriela, los que tenemos ahora, hora tras hora: Violeta Parra, Víctor Jara, Salvador Allende, Pablo Neruda, Miguel Enríquez, y tantos, tantos otros, desterrados, ocultos, dentro y más allá de la Cordillera de Los Andes. E igual en Argentina, Uruguay, El Salvador, Guatemala... Nuestros espacios latinoamericanos vienen pugnando heroica y sacrificadamente por el logro definitivo de su Libertad, autonomía y justicia social. Y se lucha con el pensamiento, con la canción, con la poesía y el teatro en la calle, con el fusil y la flor. Y en esta lucha, especialmente la que libró el pueblo venezolano en la década de los 50, la letra prosaica y poética de Andrés Bello, el del ingenio popular y creador, la voz poética concertada con sus Juanes del Pueblo, ocupa un lugar preferente y destacado, para siempre. En él 'tierra-pueblo-poesía' enraizados en la patria venezolana se amalgaman con tono, coro y ritmo enaltecendoramente democráticos y libertarios. Por ello, para M.B-I., es el *poeta de la tierra*.

El complementario nombre de Pablo Neruda en esta egregia cumbre de la voz poética americana no sólo se avala en su abarcador *Canto General*, sino en el efectivo afecto a esta tierra venezolana. En 1959, al cumplirse un año del 23 de Enero del 'bravo pueblo' en democracia, el chileno es invitado: "caminé la Venezuela dura/ y ví una Venezuela/ clara como una arepa/ firme y pura/ recién salida intacta del tormento". (*O.C.*, II, p. 807). Una Venezuela tal cual la deseaba y predijera —desde el exilio— nuestro B-I. Tal presencia de Venezuela la focalizaremos en tres momentos de su Obra: Bolívar, *Canto General* y Producción como visitante.

Respecto a la figura y acciones del Libertador, presentes en su letra, diremos que es el primer personaje o Nombre de la historia americana cantado por el poeta: significativo proto-símbolo, con el cual inaugura el vuelo de su pluma cuando se vuelca a derramar la riada del canto americano. El *Canto a Bolívar* (Méx., 1941) tiene terraquea semántica, y el héroe, parámetro vital-espaciales:

"Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire
de toda nuestra extensa latitud silenciosa...
a través de la noche de América con tu mirada mira...
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron..." (*O. C.*, I, p. 302).

Es impactante percatarse de que este 'Canto a Bolívar' señala, junto con 'España en el corazón' (1937), la antesala de su poesía objetiva y comprometida con la Causa Americana, y de la metamorfosis del Pritivo 'Canto a Chile' (1943) en el grandioso *Canto General* (1950). Hay muchos otros momentos en que

Bolívar hace brillar la pluma nerudiana: así al cantar a Manuelita Sáenz, la Insepulta de Paita, o al imaginar el encuentro de Guayaquil.

Es en el CANTO GENERAL en donde la *tierra* venezolana emerge con figura fulgurante, con su clima ardiente y su proyección trascendente, y en su largo discurso se pueden pergeñar una serie de símbolos identificatorios: Un río, Orinoco; un color, rojo; un nombre, M. Otero Silva; una cualidad que es destino: Luz. De este CANTO extraemos:

“el hombre tierra fue, vasija, párpado
fue cántaro caribe, piedra chibcha...
Y por las madrigueras despeñadas
de la sombría paz venezolana...
EN LA FERTILIDAD CRECIA EL TIEMPO.
Orinoco de agua escarlata...
río de razas, patria de raíces...
La luna amasó a los caribes...”.

Y no sólo canta al suelo, sino los nombres: desde los amenazantes Comuneros del Socorro por los Andes de Cundinamarca (1781), o Miranda muere en la niebla (1816), hasta llegar a Gómez, ‘el tembladeral de Venezuela’, en pleno siglo xx y, verseando en surcos agrarios lo que M.B.I. propugnara en llana prosa, Neruda denuncia, acusa:

“Viejos terratenientes incrustados
en la tierra como huesos
de pavorosos animales
supersticiosos herederos
de la encomienda, emperadores
de una tierra oscura, encerrada
con odios y cercados de púa”.

(*Canto General*, Ayacucho, 1976, p. 168)

Estos retazos o escorzos del gran tema venezolano en la obra nerudiana —así recortados y ensamblados con hilos geo-históricos— nos re-conducen por imperativo de la epistemología dialéctica, que cubre totalidades, hacia el pasado, tanto el legado indo-afro-hispano como el inmediato dejado por nuestros Libertadores y hermanos en las luchas de liberación nacionales (y continentales); pasado desde cuya conciencia y asunción se hace posible cualquier proyecto que pretenda involucrar y expresar un sentimiento colectivo de ‘identidad’: genuino, popular y libertario, y basado en un firme cimiento moral. En cada esquina y en cada rincón de la mansión poética de este cordial carpintero de Arauco nos encontramos con los remecedores Nombres, con los estremecedores Mitos, con las Obras —desde las cimbras como Macchu Picchu hasta las cotidianas de la alfarería y telares de nuestros antepasados. Anáhuac, Orinoco, Moctezuma, Caracas, Tequendama, Manguaca, Toqui, Araucaria, Caimán, Caribe, etc., son palabras-símbolos contenido vitalizador, con sabor mineral y olor vegetal de continente y océano. Cada vez que podía volvía a ‘su río Caimán’ hasta llegar y percibirlo directamente en su viaje ancho que lo llevó a la vieja Angostura, ya que sentía el Orinoco ‘como un apellido que me falta’, como agua madre de historia y de raíces.

No es extraño entonces que por 1959 tengamos al aguerrido poeta de Temuco —que tantas veces antes quiso venir, sin poder hacerlo— porque era ‘tierra hostil’— en Caracas, y que el 4 de febrero, al ser recibido en el Concejo Municipal de la ruidosa Santiago de León, dijera con su calmada, monótona voz callada:

“Como americano esencial saludo en primer lugar a la ciudad deslumbrante, por igual a sus cerros populares, a sus callejas coloreadas, a sus avenidas abiertas a todos los cambios del mundo. Pero saludo también a su historia, sin olvidar que de esta ciudad salió como un ramo torrencial de aguas heroicas el río de la independencia americana. Salud, ciudad de linajes tan duros que hasta ahora sobreviven, de herencias tan poderosas que aún siguen germinando, ciudad de las liberaciones y de la inteligencia, ciudad de Bolívar y Bello, ciudad de martirios y de nacimientos, ciudad que el 23 de enero recién desgranado en el tiempo diste un resplandor de aurora para el hombre y para toda nuestra América amada y dolorosa”.³²

Y ya de vuelta de su viaje, con su Matilde chillaneja, en las creaciones hechas hechas al compás de los pasos caminados por esta Tierra de Gracia,³³ contará:

“Yo caminé la Venezuela dura...’

“Bajé del Monte Avila. Allá arriba Caracas tiene su corona verde, sus esmeraldas mojadas...”.

En aquella feliz estancia —reposo del guerrero de Arauco— no sólo admira la ‘Caracas vibrátil’, canta a las ‘Aves del Caribe’, nombrando a Barquisimeto, Barinas, Suruguapo, Apurapurén, Maroa, Sabaneta, Ocumare, sino que se recrea en la letra dibujando los árboles: “iluminando el rostro/ de la tierra/ el araguaney cuando levanta/ su pabellón de besos amarillos”. Amigo de Otero Silva, va a la matriz Ortiz de *Las Casas Muertas*, ‘en un día embriagador. El sol venezolano pegaba duro sobre la tierra’, y canta:

“ardiente es Venezuela...
Me convidaste, patria calurosa...
la huerra del sol sobre la tierra...
Y contra el resplandor venezolano
del sol azul ardiendo en el zafiro...”.

Por aquí y por allá, en la espesura o en los claros del bosque poético de nuestro aserrador sureño, hay emisiones sobre Venezuela, soterrada turgencia de sus raíces, sólida vigencia de sus viejos troncos y aladas escapadas de sus verdes ramas; antes de morir deja este cogollo para esta Tierra: “*Oh Venezuela, Cantas en el mapa/ con todo el azul de movimiento...*”.

Al igual que Bello y Andrés Eloy nos resta un cogollo, falta aún un recodo por recorrer en este discurso nerudiano que mancomuna vida y letra, tierra y nombres; en su caso también se da la crónica experiencia del des-tiempo. En éste un capítulo impresionante que se derramó por los intersticios y vericuetos de su Obra más involucrante con su tierra y pueblo chileno (y americano). De tales mo-

32. NERUDA, P., *Para nacer he nacido*, 1978, “Huésped en Caracas”, p. 378.

33. V. NERUDA, P., O.C., II, 1973, Odas “Al 23 de Enero”, “Los nombres de Venezuela”; “Adiós a Venezuela”, pp. 805 y ss.; *Canción de gesta*, 1977, pp. 58 y ss.; *Fin de Mundo*, 1972, 3ª ed., pp. 134 y ss.

mentos des-espaciados recogemos algunas alusiones que complementan y riman sincrónicamente con las vivencias de Andrés Eloy y M.B-I.

De la 'Insepulta de Paita' (O.C., II, pp. 913 y ss.) tocando el deambular bolivariano y su condición de hombre de carne y hueso (tan eludida por los historiadores) sacamos estos versos alusivos: "Hay exilios que muerden y otros/ que son como el fuego que consume.../ Pero no comprendo este exilio!/ este triste orgullo, Manuela". Su designio vital era —como para M.B-I. que "el hombre debe vivir en su patria y... que el desarraigado de los seres humanos es una frustración que de alguna manera u otra entorpece la claridad del alma". (*Confieso que he vivido*, 1974, p. 235).

Y en cuanto al poeta, al escritor, su juicio no tiene concesiones:

"El poeta no puede ser desarraigado sino por la fuerza. Aún en esas circunstancias sus raíces deben cruzar el fondo del mar, sus semillas seguir el vuelo del viento, para encarnarse, una vez más, en su tierra. El poeta no es una piedra perdida. Tiene dos obligaciones sagradas: partir y regresar". (*Para nacer...*, p. 367).

Consonancia, resonancia, moral y conductas homólogas en el decir y en el actuar de estos dos coetáneos, desconocidos e ignorados entre sí; Neruda y Briceño, el uno en surcos, el otro en llanos de la letra americana diciendo, proclamando —en sus vidas ligadas a sus lares— y haciendo el mismo hacer de la dignidad y el decoro. Y para ir abriendo brecha hacia esas llanuras de Briceño vayan estos sentidos versos del chileno:

"Yo soy errante hijo de lo que amo...
 Quieren quitarme patria bajo los pies, desean
 cortarte para ellos como baraja sucia
 y repartirte entre ellos como carne grasienta.
 Yo quiero tierra, fuego, pan, azúcar, harina,
 mar, libros, patria para todos, por eso
 ando errante...
 ...vivo la angustia de estar lejos
 del preso y de la flor, del hombre y de la tierra...
 Pero hacia tí, pequeña patria mía,
 como un caballo oscuro mi corazón galopa...".

(*Canto General*, pp. 295, ss.)

Y lo cordial de Machado, la toma de partido, el compromiso concertado con su pueblo: "Está mi corazón en esta lucha. MI PUEBLO VENCERA".

Aquí dejamos a nuestro cantor americano, enterrado en un nicho cualquiera del Cementerio General de Santiago de Chile, aún luchando con su pueblo, el cual lo acompaña —pese a la represión— y lo rodea de rojo: claveles, rosas y copihues; hasta que un día de éstos, apenas se pueda lo traslademos a su amada Isla Negra, donde quería dormir y descansar 'entre los párpados del mar y DE LA TIERRA'. Tierra, letra, amor a Venezuela y a América, destierro en lucha sin cuartel es el tinglado que nos permite hacer resonar con legítima hermandad la voz de Neruda, con los poetas Bello y Andrés Eloy, y reunir su nombre, Pablo, con el de nuestro personaje, don Mario.

Si bien hemos comprimido la letra venezolana-americana que cantó y cortó a esta tierra, en necesarios nombres antecedentes para comprender la 'alegría de la tierra' de M. B.-I., no desmerecemos ni minimizamos ningún otro de muchos que con igual calor y color poetizaron sobre nuestra América, y Venezuela. Sea éste un primer esbozo de reunión de la letra, un eslabón para continuar jalonando la serie profunda y trascendente de hombres y nombres que han ido y van haciendo habitable, en forma justa y digna, este suelo fecundo y hermoso que es la América y sus naciones.

V. - LOS ESPACIOS Y EL TIEMPO DE MARIO BRICEÑO IRAGORRY

"El porqué de las conductas de los seres humanos debe buscarse fundamentalmente en la circunstancia histórico-social en que ha nacido... según el lugar en que nacimos, pueblo, ciudad, estado, nación... por las personas que frecuentamos y por los lugares en que pasamos la mayor parte de nuestras vidas".

ROGELIO DÍAZ GUERRERO

Si el 'espacio', según lo que ya hemos escuchado, es constructivo y constituyente en la estructura de la vida humana —individual y colectiva— tal condición resulta relevante en el caso de M. B.-I.; no sólo en el sentido de la inserción y significación de 'tierra-geografía-pueblo' en su vida y producción ('Yo nací en la tierra de María Santísima) sino que, además, porque sus lugares y estancias van a significar parámetros y categorías jerarquizadoras —además de 'nutricias'— en el orden progrediente de su pensamiento filosófico e histórico, es decir, en su ideología (lo local-parroquial, lo nacional, lo hispano-americano y lo universal-ecuménico). Al igual que en la mayoría de los nombres-piedra y sillares del edificio Americano (y venezolano), su vida queda dramáticamente escindida por el hito crítico del des-tiempo, por la pérdida del básico anclaje en el propio espacio nativo durante un completo quinquenio (1953/1958). Tierra, suelo, territorio, geografía, campo, agricultura son términos-símbolos que enuncian la prevalencia del referente *espacial* como sostén y pivote reiterado de su producción nacionalista-democratista. Espacio henchido siempre y por todos lados —por algo fue Historiador— de presencia integral del Tiempo, y de un vital Humanismo cristiano.

Un breve paseo por los espacios vividos —percibidos, imaginados, amados, pensados— por nuestro personaje, siguiendo sus propias huellas y señales ('por la ciudad hacia el mundo') nos hará sentir cómo ese derrotero experiencial y ese itinerario de viaje lo fue influyendo y cómo, a su vez, él los fue re-creando. Desbrozaba y abría o re-abría caminos y senderos, buscaba indicios y oteaba horizontes, a veces clarividente, a veces confusamente, pero siempre honesta y sinceramente; sin presuntuosidad ni agresión gratuitas. Operaba con su 'circunstancia' en el modo dialéctico preconizado por K. Kosik (*Dialéctica de lo concreto*, Méx., 1976): "El sujeto concreto produce y reproduce la realidad social al mismo tiempo que es pro-

ducido y reproducido por ella” (pp. 133 y ss.), y reiterado por Díaz Guerrero en el ámbito de la psicología latinoamericana: “La persona es tanto recipiente como agente de las modificaciones o cambios al proceso histórico en que participa”.³⁴ Tal dialogicidad, o dialéctica de lo real histórico (en su interaccionalidad con el sujeto individual), válida en lo genérico, es aquí —en el caso concreto de M. B. I., historiador, político, ensayista, Maestro—, paradigmático y de una objetiva pertinencia.

Es así como el habitar de nuestro personaje se concentra en escasos y precisos ‘lugares’, que fueron para él ‘moradas’: Trujillo, en su etapa infanto-juvenil (1897-1918), Mérida en su jornada formativa universitaria (1918-1920), Caracas (1912-1917, y su residencia desde 1921) en su vida familiar, política y productiva, y algunas estadias breves en Maracaibo (1907), Valencia (1928), Ciudad Bolívar (1944). Y en lo extra-nacional, Nueva Orleans (1923-1924), Centroamérica (principalmente Costa Rica, 1936-1940) y Bogotá (1949). Finalmente, su exilio, con variado deambular por tierra americana y europea, pero residente más que nada en Madrid, España.

La asimilación del espacio *venezolano*, su vinculación afectivo-perceptual-ideaional se fue dando cronométrica y kilométricamente, por sus horas y pasos contados. Trujillo, la ciudad suya ‘por juro de nacencia’, a la vez ‘Turris— Julia’ y Nación ‘Kuika’, con su Castán (‘sangre india llevo yo’) en el valle de los destruidos Mucas, acotado espacio rodeado de montañas— cual útero materno—, fue su espacio matriz y su fijación perenne. Patria chica, parroquia, anclaje de su amor y de su letra; a ella vuelve cuando puede (1928, 1947, 1958). Allí tuvieron residencia secular sus antepasados, allí se forjó su vocación de escritor-historiador, allí germinó —por implicación— su nacionalismo militante. Allí hubo figuras significativas, modelos señeros del pasado y del presente, momentos de la Historia y hechos-claves de su vida: A. Fonseca (*Orígenes Trujillanos*, 1955), A. Briceño V. (*Geografía del Estado Trujillo*, 1920), los sacerdotes E. Carrillo y Monseñor Mejía, que le entregaron fe y cultura; allí aprendió con institutores a ‘leer, escribir y contar’. (V. *Mi infancia y mi pueblo*, 1951). Su breve estadía infantil y familiar en Maracaibo le depara dos experiencias críticas: la percepción directa de la muerte de su padre, don Jesús, y con ello, la muerte de su propia infancia; duelos terribles con los cuales vuelve a su Trujillo, elaborándolos en un constructivo proceso hacia el camino de las letras. Después de mucho transitar tierras lejanas, en las cuales el trujillano ‘anduvo, anduvo, anduvo’, más allá de sus imaginarios vuelos de retorno y aterrizando en el calor de su pluma, por 1928 vuelve a ‘gobnarla’, en 1947 a hacer su Apología (v. *Apología de la ciudad pacífica*), y en 1958 a legar su mensaje democratista y libertario a su pueblo recién salido de las garras de la dictadura, como antes lo estuvo de la de los esbirros de Las Sagradas de Gómez (1915). Habla a sus coterráneos en todos los lugares: en la Plaza Bolívar (v. Periódico *Punto*, Trujillo, Nos. 4, 6 y 8 de abril, 1958), en el Liceo Cristóbal Mendoza, en las calles y en el Ateneo de la ciudad (v. ‘En la ciudad pacífica’, *El Nacional*, 24-5-58). Según confirma, aún en 1978, su viuda doña Josefina Picón (‘Pepita’,

34. Díaz C., R., “Sociocultura, personalidad en acción y la ciencia de la psicología”, en FINLEY-MARÍN: *Avances de la psicología contemporánea*, Trillas, México, 1979, p. 85.

la merideña), Trujillo fue para don Mario algo especial: “la tierra que le vio nacer... fue devoción permanente de su quehacer vital” (*In Memoriam*, p. 5).

Venezuela, como espacio, en su geografía física y humana, fue el ámbito existencial más significativo, en términos biográfico-históricos. Por ello lo predicamos nacionalista. Y esta Patria Grande, la Tierra-Firme que antaño hollaron los descendientes del patriarca Sancho Briceño, fue dándose a su crítico y amante Historiador en perceptos actuales, en imágenes mnémicas y fantaseadas, hasta constituirse en Ideal, Proyecto, Deber. Aquí el ensamblaje simbiótico hombre-espacio es paradigmático y pertinaz. Cada pedazo de territorio lo recorrió en sus viajes, en sus andanzas cumpliendo roles funcionarios y/o políticos, en los añosos papiros guardados en la conservadora Trujillo y en el Archivo Nacional, del cual fuera Director (1942). Oviedo, Bello, Miranda, Bolívar, Codazzi, Vargas, Toro, Acosta, los historiadores positivistas que le precedieron, le entregaron fuentes, valores, noticias, geografía, y la Historia —bastante alterada— de su Patria. Por todo ello fue un ‘baquiano’ de los espacios y un buceador en los arcanos (especialmente ‘coloniales’) del pasado de la Venezuela más verdadera. La territorialidad que fue y que es la Nación Venezolana, así aprehendida, caminada y sabida con sabor agridulce por M. B-I., estará presente como piedra y fundamento angular de su discurso histórico. Esa Venezuela, la experimentada y recreada por B-I, significará para él su motivación e incentivo, su defecto y su virtud (decía representar más bien ‘sus defectos’), su pasión y su muerte. Del espacio-madre trujillano, del Cuartel de la Guerra a muerte y del Santa Ana del Abrazo, de la comarca en que nacieran noctambólicas, resonantes en el silencio, las notas del ‘Conticinio’ de Laudelino, de esa ciudad ‘sillería del edificio nacional’, la extensión amorosa e interpretativo-histórica hacia el espacio ‘patrio’ —la Venezuela entera— el tránsito es casi mecánico, en lo vital y productivo, hasta fijar su morada, plantar tienda en las ‘faldas del Avila’ de Santiago de León, la tierra de los caracas (1921). Su concepción crítica respecto a la historiografía hecha y a la hegemonía crónica de los anti-valores serán uno de sus aportes más serios que, como pensador y ensayista, hizo a la Venezuela contemporánea.

Según B-I. la Historia es fuerza creadora, y lo es del pueblo, del colectivo: “el patriotismo —dice— es una actitud que funciona en relación de grupo. Se es patriota en cuanto nos sentimos insertos en un grupo vinculado históricamente *con un pedazo de geografía*” (en P.I.T., p. 111). Espacio, tiempo y pueblo reunidos en su letra reivindicatoria frente al personalismo y cultismo individualistas, frente a los poderes oligárquicos y segregacionistas, y todo ello afincado en un espacio-territorio continente. Por ello, cuando se abate sobre él ‘la bruma dolorosa del exilio cruel’ escribirá con tinta-sangre: “La Patria es el campo donde mejor hallamos espacio para nuestra propia persona, afanosa de realizarse para el proceso ecuménico de la cultura” (*Aviso...*, p. 58). Prosa que versa sobre los mismos sentires que expresara el desterrado Neruda.

Así, ya vemos que el espacio, vital e ideológico, no se queda para B-I. restringido a los estrechos marcos de la comarca ni tampoco de lo nacional: trasciende más allá, hacia lo internacional y ecuménico: “Para los que pensamos con ideas humanistas nada es tan deseable como la justa armonía entre los hombres y los pueblos todos. La misión ecuménica de la cultura obliga a que miremos con hu-

mana pasión los problemas encaminados a conjugar naciones y espíritus" (*Id.*, p. 48). Es el humanista-idealista M.B-I. ampliando hasta sus extremos los espacios de pueblos y hombres, bajo los proto-valores de Libertad, Justicia e Igualdad. Pero, entre esta enraizada nacionalidad y este amplificador humanismo queda un espacio —también crucial— que tuvo especial interés para B-I.: Latinoamérica. Y la dinámica espacio-temporal del Mundo americano —y también europeo— como ámbito extranacional fue conmoviendo desde temprano al sensible joven Mario. A fines del siglo XIX España reduce sus exiguos dominios coloniales y debe abandonar los últimos reductos expoliados.

EE.UU. comienza su larvada y crónica invasión rapaz, en disputa con los imperios europeos, hasta llegar a campear solitario cual águila (o 'tordo') sobre nuestro suelo y a devorar sus ya devoradas riquezas. Desde 1889, hasta hoy —1983—, es el dolor que nos duele, el enemigo que nos acosa y el patrón que manda —vía dólar— sobre gobernantes, asambleas y pueblos enteros de nuestra América Latina. Señor y Juez. Las voces anti-imperialistas y auto-afirmatorias, denunciantes de la sujeción económica, política y cultural son combatidas, acalladas, exiliadas, motejadas. Desde los Libertadores y 'emancipadores mentales', con Andrés Bello a la cabeza, se va a ir escribiendo con sangre el discurso latinoamericanista, a pesar de los Poderes y más allá de la 'fuerza bruta', como denunciara M.B-I.: J. J. Olmedo, J. Montalvo, E. M. de Hostos, M. J. Othon, J. V. Lastarria, B. Mitre, y el gran José Martí, cuyo mensaje impactara fuertemente al joven trujillano. Su definitiva *Nuestra América* (1891), así como el alado *Ariel* (1900) de J. E. Rodó, y el discurso escuchado directamente en Caracas (1912) del socialista utópico (el de la misma Nación Latinoamericana de Bolívar) Manuel Ugarte, serán modelos y figuras que retroalimentariamente robustecerán la letra y la acción de BRICEÑO IRAGORRY; hasta llegar a ser designado Maestro de la Juventud Venezolana (Cámara de Diputados, 1976). En nombres se va comprimiendo el espacio latino-americano en el corazón y en la mente de B-I., hasta fructificar décadas después en la mejor cosecha: su producción americanista. Aquellos signos, como los de Bolívar y Bello, operaron para el trujillano como 'númenes', fuentes y hontanares, desde y con los cuales manarán riadas que regaron su personalidad de avizor navegante de escritor agrario, de pensador nacionalista, con firme y telúrica raigambre hispano-americanista, y con alado ramaje humanista y libertario. Todo ello conforma la estructuración del ideario cultivado como abono y semilla para que el suelo de Nuestra América fructificara en democracia, idea-motivo que alcanzara a vivir —en glorioso renacimiento— en su propia tierra, con su retorno, tras el 23 de enero, por cortos, intensos 54 días.

Otras andanzas, sucesos y personajes internacionales van a consolidar, enriquecer y ampliar, aún más, el horizonte de su esencial Humanismo: las Guerras mundiales y sus secuelas, su estancia diplomática en tierras de Centroamérica (1936-1941), la cruenta Guerra civil española, múltiples personajes de la cultura universal; todo ello tendrá honda repercusión en su espíritu acogedor; desde el Evangelio cristiano guiándolo hacia las fuentes de Tomás Aquino, Agustín de Hipona, Francisco de Asís (cuyo espacio natal visitó) y, en su expresión político-cristiana, hacia el francés Jacques Maritain. En lo literario, amén de los clásicos greco-latinos e hispanos, que conformarían larga y enjundiosa nómina,

vamos a destacar una novelesca tríada, síntesis de espacios y tiempos europeos y humanista-cristianos: Víctor Hugo (*Los Miserables*, 1862), Romain Rolland (*Juan Cristóbal*, 1903) y Nikos Kazantzakis (*Cristo de nuevo crucificado*, 1954, es español).

Con tales experiencias y peripecias, con tales figuras y obras, con tales impactos y sucesos, de aquí y de allá, del amplio y dramático escenario que fue su mundo, repartido en sus 4 niveles espaciales: Trujillo, Venezuela, Latinoamérica y la Europa, especialmente hispana y cristiana, es que se configura el 'espacio-vital' (K. Lewin) e ideológico de nuestro personaje, cuyo influjo irradia —ese a las intencionadas interferencias y ruidos, o los silencios— hasta nuestros propios espacios: latinoamericano y venezolano, hoy, octubre de 1983, tiempos de crisis e incertidumbre, en lo económico, político y cultural.

El ámbito en que se inscribe el habitar de M. B.-I. tiene, desde una perspectiva temporal —biográfica e histórica— un cronograma muy delimitado y alocionador. Su tiempo vivido fue el tránsito, el paso lento y la transformación dramática de un hombre que, desde un largo período de intrascendentes figuraciones y acciones (etapa de la 'prudencia culpable', la definió él mismo), se va erigiendo en un Hombre señero, comprometido y valiente, hasta alcanzar logros cimeros que lo llegan a consagrar como un NOMBRE de la letra y de la Historia de su patria; un adalid de los más caros valores humanistas, un defensor de la auténtica nacionalidad e identidad venezolanas, un exponente y emergente de la dignidad y el decoro frente al imperialismo yanqui y a la oligarquía prepotente y dominante.

Sin desmerecer acciones y producciones generadas por él hasta 1950 —*Tapices*, *Caballo de Ledesma*, *El Regente Heredia*, *Casa León*, etc.— postulamos que el espacio-tiempo más decisivo, el eje-crítico de su biografía, su cima consagratoria como ensayista, político y líder-emergente se ubica a partir de 1950. Más concretamente, signan el comienzo y cierre de este lapso los años 1951 y 1958, septenio que es círculo temporal, pleno de significado dramático y agónico, en que sencillamente se juega la vida. El comienzo: la publicación de su *Mensaje sin destino*, del cual dirá: "por medio de él logré que nuestro público sintiera al bulto la necesidad de defender los módulos integrales de la nación" (O. S., 1954, Pról., XVII). El prólogo a la edición más extendida de este 'Mensaje', escrito el 15 de septiembre de 1951, es decir, exactamente a los 54 años de edad, señala con su firma la irrevocable decisión y la claridad política que, desde entonces, guiará cada una de sus conductas como ciudadano y líder-escritor de su pueblo. Tal tramo biográfico, amarrado dialécticamente al acontecer histórico venezolano, es el que genera su producción más valiosa: *Discurso de Nuevo Circo* (24-XI-1952), *Alegría de la tierra* (1953), cuyos materiales llevaba ya listos desde Venezuela (1952), *Sentido y vigencia del 30 de noviembre* (1953), *Aviso a los navegantes* (1953), *La Hora Undécima* (1956), *Los Riberas* (1957), etc.; sin olvidar su compendiosa *Obras Selectas* (Madrid, 1954), cuyo autobiográfico Prólogo lleva la significativa fecha '19 de Abril' (el mismo '19 de Abril' con que fechara 2 años antes —1952— su Prólogo Galeato a *Alegría de la tierra*). En forma póstuma y ya impresos en libre prensa venezolana se

recogen: *Ideario Político* (1958), *Cartera de Proscrito* (1958) y *Diálogos de la Soledad* (U.L.A., Mérida, 1958). Posteriormente, como islas rememorantes por obligación cuasi oficial, se han publicado algunas reediciones de sus obras. Del último tiempo destacan: *Prosas de Llanto* (Ateneo de Boconó, 1969); muy especial y oportuna —por justiciera y leal— es la serie de publicaciones de sus escritos que se ha emprendido a raíz de este año-aniversario —el 25º— de su muerte, bajo la iniciativa de R. R. Castellanos: *Presencia e imagen de Trujillo*, 1981 (que hemos sintetizado *P.I.T.*), *Discursos académicos y Tribuna Patria e Histórica* y *Palabras de Humanismo* (1983). Y por fin, ha salido de la arrumbada ubicación espacial su intento novelesco *Los Riberas* (1983²), crítica histórica y crónica que es bueno re-leer para retomar conciencia de muchos problemas aún vigentes por estos pagos.

De aquel contextuado encuadre espacio-temporal que contuvo, sostuvo y alimentó vida y producción de M. B.-I. hemos señalado sólo un esbozo, que pretende operar aquí como 'marco de referencia' para el tratamiento del tema de la TIERRA, en la letra del ensayista nacional.³⁵ Con el terreno abonado, con las fuentes señaladas y con los indicadores bibliográficos descritos hasta ahora, creemos estar en condiciones de ingresar con propiedad y alertados en el prosaico predio de la letra, a través de la cual el trujillano Mario Briceño Iragorry describe, canta, cuenta, denuncia, acusa, defiende, expone y propone lo suyo en cuanto a la tierra patria, a la agricultura, a la Historia, al presente y al futuro de Venezuela, cuyos gobernantes y pueblo nunca debieron olvidar ni, menos, desdeñar su identificatoria y salvatoria condición 'agraria y pastoril'.

VI.- LA VOZ DE LA TIERRA EN LA LETRA DE MARIO BRICEÑO IRAGORRY

"No había razón para olvidar la tierra, como aconteció al hombre venezolano, cuando vio sus arcas hinchadas de la moneda petrolera. Entonces debió afirmarse más aún en sí mismo, en su suelo, en su realidad nacional. Pero perdimos la cabeza y olvidamos que el pan nuestro de cada día está asegurado cuando lo recogemos de la tierra, con nuestras propias manos colectivas".

MARIO BRICEÑO I.

Este solo texto de *Alegría de la tierra*, escrito en 1952, serviría para desenrañar su profundo pensamiento político-nacionalista, su crítica acerba y 'fundamentosa' al presente de su Venezuela, su erradicable identidad y su urgente emi-

35. Un análisis y descripción más exhaustivos sobre la Biografía, identidad y sobre tal encuadre espacio-temporal se encuentra en nuestro Trabajo, producido en el Seminario citado en p. 67), *El proceso de identidad psico-social en Mario Briceño Iragorry*, Trujillo, 1983, en cuyas apretadas 121 páginas hemos elaborado una suerte de biografía dialéctica del personaje.

sión de 'antigua voz de la tierra' y, junto con ello, ensamblar 'inter-textualmente' su semántica con aquel primigenio decir del magistral Andrés Bello, con el poetizar tierra y agro del poeta popular Andrés Eloy Blanco, y con los verbos del canto y de la denuncia del poeta araucano Pablo Neruda.

Sin embargo, optaremos por laborar el campo semántico de la letra enterrada de B.-I. en forma concéntrica. Miraremos primero, como en un mapa, las grandes líneas, los títulos, los trabajos que, desde el comienzo y cada vez con mayor ahínco y angustia, dedicó al tema *agro-cultural*.

"la cultura se inicia con el diario paso que recorre y mide la tierra que alberga al hombre más allá de cada atardecer, y en la que desplegando ritualmente sus hábitos, él habita: lo elemental de su inicio muestra al hombre, a todos los hombres, moviéndose por sobre el haz de la tierra y los paisajes para perfilar allí sus propios gestos y desbrozar el terruño, un lugar transido de olores, ruidos y brisas en donde habitar, en donde desplegar la identidad de sus hábitos... la cultura se inicia ya con el ritmo del arado que abre el surco en que la semilla echará raíz, se inicia con el cultivo de la tierra, de los parajes... en ceremonias... fiestas... en ocasiones de alegría y de dolor..."³⁶

J. Jara (joven filósofo, chileno y exiliado en Venezuela, llevó estas palabras a Mérida, hace algún tiempo, y con ellas nos resituamos y reunimos la trama ya postulada entre cultivo-cultura y habitar-letra-cultura. El ser y estar del hombre habitando sobre esta Tierra.

El extenso y disperso discurso briceñiano que, partiendo desde líricas y juveniles complacencias, sobrevolando un poco tierra y raíces, especialmente y casi siempre las indianas, se va impregnando cada vez más con aquel sabor y olor a tierra, vegetal, agro, en sus dolores y sobre todo, así lo quiso, en sus alegrías. Pero vayamos al paso y siguiendo sus huellas hasta llegar a aquella *Alegría de la tierra* (Caracas, 1952), reeditada en España, su Madre-Patria, ya en el exilio (1953).

Si mirásemos su producción desde una óptica temporal, la cual sería riquísima veta dada su condición de Historiador, tendríamos que empezar por su primera, *Horas* (1921) y culminar en su *Hora Undécima* (1956). Con nuestra propuesta categoría 'espacial' la cosa se complica, aunque hay indicadores claros y contundentes acerca de la continuidad y persistencia —por sobre detenciones o alejamientos— del tema en su discurso. A pesar de aquel lirismo mozo y de comienzo secular, ya en sus primerizos *Motivos* (1922) le preocupan las 'civilizaciones caídas' y 'el camino'; en sus más elaboradas y espaciales *Ventanas en la noche* (1925) ya aparecen sus clásicos y clasistas 'muñecos de barro' (hermanos de sus vegetales 'virutas'), observa 'los ojos de la tierra' (p. 164) y admira 'la huerta' (p. 172).

Sus tantas veces reeditadas (tiempo ha) *Lecturas Venezolanas* (1926), las cuales hoy, al parecer, no interesen 'leer', son una recopilación para la niñez de su patria, para dejarles la impronta de la letra nativa, para hacerles sentir y viven-

36. JARA, J., "Articulaciones", *Ponencia Conferencia Internacional sobre Exilio y Solidaridad* en A. L., Mérida, Venezuela, X, 1979.

ciar la Historia, y así, a querer lo propio; única vía para hacer crecer con dignidad y altura la identidad nacional. Aún 'prudente' y no comprometido, muchos de sus trabajos y producciones se vierten hacia los nudos de lo histórico, geográfico y etnográfico, antes de su decisivo *Mensaje*. Ya venía anunciándose, pues, en el escritor la pre-ocupación y el sino de 'voz antigua'; escarba en los orígenes de su ciudad natal (1929), aborda la cultura de los timoto-cuicas (1930) de los cuales también descende, se remonta hacia 'los fundadores españoles' (1931), dedica el tiempo y esfuerzo para rescatar del olvido 'amnésico' la era colonial, para re-integrarla como parte de la 'totalidad histórico-cultural' venezolana (1934); andando por Centro-América reúne a Bolívar y la América, en su cultura y unidad, y se lanza a reflexionar sobre la 'propiedad agraria' (v. *Temas Inconclusos*, 1941). Rescata, enarbola y propone nombres del pasado como símbolos y mitos traídos de la tierra y colocados en un sitio de la cultura nacional: A. A. de Ledesma, J. Fco. León, Negro Miguel, Gual y España, Casa León, Heredia, Bello, Vargas, Acosta, Toro. Pero todo ello es, pensamos, apresto, barbecho y preparación, en largo y arduo cultivo para alcanzar y postular una estructura del árbol de la Patria, con firmes raigambres y regado con savia autóctona, nacional, popular; desmalezando y venteando lo que huele a alienación, entreguismo, imperialismo e injusticia social. Tal proyecto está en pleno crecimiento ya en su *Mensaje sin destino*. Y es en este espacio de su letra el que va desde este *Mensaje* hasta sus antinómicos *Diálogos de la soledad*, en donde centraremos nuestro rastrear el grano y la semilla legada por M.B.-I. a nosotros.

Porque en nuestro sentir o entender la letra, lo grave expuesto, lo medular, de esta obra matriz y proteica, es lo que él mismo planteara:

"En pocas líneas presento, en pos de medios que la iluminen y contradigan, toda la angustia de nuestro drama de pueblo, sin formación interna, enfrentado a la voracidad extranjera..." (O. S., Pról., XVIII).

Y aquí conectamos y rescatamos el sentido de aquellos alcances que antes hiciéramos acerca de la originaria y persistente connotación de esta Tierra de Gracia como 'fértil, rica, pródiga y regada de oro y perlas', lo cual atrajo a banqueros, mercaderes, corsarios y piratas, sátrapas y dictadores, y a los imperialismos sucesivos en estos pagos indios. Todo ello poco propicio para generar la probidad, la honestidad y el amor al trabajo y al esfuerzo, y pendiente proclive para el facilismo, el nuevo riquismo, hasta producir el paradójico 'pitiyanquismo' en plena tierra criolla. Por aquí campeaba la letra luchadora y esclarecedora de conciencias, la cual empezó a preocupar a los 'vende-patrias' y a los yanquis, costándole, a nuestro B.-I., a la postre, el destierro y la misma muerte. Porque M.B.-I., una vez superada su propia confusión psico-social y política, se lanza con andina porfía en pos de sus ideales, los pregona, los publica y los practica. Porque lo que hay inmerso e inmenso en tal Ideario es un Ethos, una ética, una Moral, y por tanto, una Filosofía política con su correlativa axiología.

Y antes de escuchar su decir agrario, tenemos necesariamente que comprender esa postura axiológica, porque su decir la tierra no es decir liviano o baladí, un poco —como quien dice— en un modo chauvinista o nacionalista cerrado, sino todo lo contrario: un decir responsable en que las cosas previas están claras

y expuestas, en su lugar. En tal sentido, para él la tierra, el suelo, la geografía no es lo fundamental o determinante en la configuración de un pueblo o nación. Es el cimiento, la base, el sustento: necesario y valioso, mas no suficiente ni motor del proceso. Hay entramaje entre tierra y hombre, hay relación entre suelo y pueblo, hay interjuego entre geografía y cultura, pero hay también jerarquía axiológica, hay diferencia cualitativa, hay prioridad. Y tal prioridad la otorga, en síntesis, el Hombre, el pueblo, la Historia, la cultura, la letra, la poesía: así habita el hombre la tierra y la hace su morada.³⁷ No basta entonces la tierra, la riqueza, la hacienda: es necesaria la conciencia, la ética, la moral. Y ello está o se contiene en la Historia, la que pasa a constituirse en el motor de la sociedad y de los pueblos. Sin conciencia histórica no hay unidad ni hay concordia, no hay nación ni hay canción. Y lo importante es el Hombre, no en términos individualistas, sino en tanto pueblo, colectivo, en el sentido del 'todos' del clásico *Fuenteovejuna*, el nosotros identificador; sin divisiones impuestas por cánones extraños —como el dinero o la propiedad—, sin oligarquías, sin explotación del hombre o del compatriota, en justicia social, en libertad. Tal es el predicamento y la praxis democratistas que hizo suyas M.B.-I., incurso en una profunda fe cristiana, de raigambre auténtica y original.

Desde tal ideario nacional y democrático, lo indignaba el entreguismo criollo, la venta del subsuelo y del suelo patrios a las ávidas fauces extranjeras —el 'drama del petróleo'— y llegar a añorar aquello 'Venezuela agrícola y pastoril —sencilla— que, en medio de la pobreza, fue dueña de su libertad y de su autodeterminación internacional'. (*Mi infancia...*, p. 64). Amando tanto la tierra, sabiendo su saber y el sabor del alimento propio, B.-I. tiene claro que ello no basta para construir y constituir 'pueblo', ni nación ni patria:

“La Patria, más que el suelo, es el proceso antiguo de las generaciones que, en el orden material, edificaron pueblos y caminos. y crearon la riqueza y que, en el orden moral, fijaron las líneas diferenciales que dan unidad a la familia nacional...” (*Aviso...*, p. 13).

Esto no quita a la tierra su condición basal y patrimonial, donde descansa lo nacional; pero este fenómeno socio-cultural: la nacionalidad, se instituye desde y a partir del Hombre, de su Historia y Cultura. Por eso, sintetizando, define la CULTURA como 'un proceso callado de humanización de la geografía. De allí la geografía funcional, como disciplina que destaca el estudio de la tierra en relación con el servicio del hombre' (*Dimensión y urgencia...*, p. 112).

Aquí se patentiza lo que viene a ser el esencial Humanismo de B.-I., o nacionalismo humanista, que es el 'donde' desde el cual interpreta la Historia, el por qué interviene en su momento socio-cultural y se proyecta como político.

37. B.-L., continuador de la impronta bellista, compartiendo el Arte poética de Machado y Neruda, avisa: “Los poetas que buscan temas nacionales y se tornan expresión del pueblo, tienen función de númenes en la formación de la conciencia de las naciones” (*Aviso...* p. 43). “A nosotros —dice— como escritores... nos corresponde también la función de señalar... porque somos voces del mismo pueblo de ayer... de hoy... necesitado de ánimos vigilantes...” (*I.D.N.H.*, ed. 1972, p. 132).

Tal sentido prioritario y trascendental que posee *Historia* como 'fuerza moral' en la construcción de pueblos y naciones es lo que deslinda y destaca como principio categórico de su filosofía política:

“La existencia del *pueblo histórico*, que ha conformado el pensamiento y el carácter nacionales, por medio de la asimilación del patrimonio, creado y modificado, a su vez, por las generaciones, es de previa necesidad para que obre de manera fecunda el *país político*. Se requiere la posesión de un *piso interior*... todo conjunto social debe ser pueblo en sí mismo...” (O. S., p. 483).

La crítica al pasado, mordaz y objetiva, viene, por tanto, de suyo y por su propio peso: “en verdad, la Historia no ha realizado entre nosotros su verdadera función de cultura, y el pueblo vive aún en las lindes mágicas de la liturgia de las efemérides” (*Id.*, p. 496). Y su posición nacionalista: “Considero a la nación como fuerza humana que viene del fondo de la Historia y a la cual debemos empujar hacia el futuro” (*Id.*, p. 501). Lo que se ha perdido al perder la conciencia de la totalidad histórica y por las tergiversaciones interesadas —casos de Bolívar y Bello—, es la suma de valores positivos, propios, constructivos, frente al entronizamiento de los anti-valores, de la enajenación del patrimonio y de las actitudes, sumidas en el entreguismo, el suelo del petro-dólar y el facilismo como pauta vital. Y lo que hay que rescatar y anteponer a tal vorágine y voracidad es, precisamente, la connotación de tierra patria, de suelo agrario, de cultivo, agro, en función de subsistir autónomamente, habitándola libre, alegre y dignamente. “Cuando éramos una modesta comunidad de agricultores y criadores —aduce B.-I.— y aun cuando fuimos una pobre colonia de España, nuestra urgente y diaria necesidad de comer la satisfacíamos con recursos del propio suelo” (*Id.*, p. 507). Con bisturí de cirujano sanitario ambiental que quiere drenar el cuerpo de la Patria, ‘ocupado’ y enajenado, reconoce, palpa, describe y contrapone la etiología de los síntomas de la enfermedad, y los signos de la recuperación y la salud. Y da nombres: Amyas Preston-A. Ledezma/ Cía. Guipuzcoana-J. Fco. de León/ Bolívar-Páez/ Vargas-Carujó/ F. Toro-Guzmán, etc. Y la enfermedad consiste en que “el pueblo no ha podido asimilar sus pensamientos (de los nombres-salud, L. R.) del mismo modo no ha asimilado la realidad integral de su pasado” (*Id.*, p. 520). Por eso, frente a la supraestructuralista tesis de A. Uslar Pietri de ‘crisis cultural’, opone M.B.-I. la suya; de que el problema es más hondo e integral; ‘crisis de pueblo’, que debe des-enajenarse, re-apropiarse, hacerse cargo y asumir su Historia integral, su identidad total, en función del ‘irrenunciable derecho a la Libertad y a la Justicia’. En *Introducción y defensa de nuestra Historia* (en O. S., pp. 527 y ss.) es asertivo y categórico en deslindar los ingredientes de lo nacional, que si bien es amalgama de valores geográficos, económicos, históricos y morales, lo que es determinante y da fisonomía y carácter a las naciones es lo humano, ‘los vínculos históricos y morales’; el suelo, opina B.-I., define en parte el destino de los pueblos, caracteriza y diferencia a grupos, regiones, otorga modos de ser frente a la vida, pero no basta para constituir ‘pueblo’. “La obra del hombre —expresa el discípulo bellista— consiste en dominar la geografía y ponerla al servicio de la cultura”. En definitiva, lo que más queremos enfatizar de la posición briceñiana es que:

“El hombre, tanto por su valor de individuo, como por su significado integrador de las actividades sociales (pueblo, religión, ejército, raza) es el verdadero sujeto de la Historia...” (O. S., p. 543).

Establecido este deslinde axiológico y clarificada así la relación entre tierra y pueblo-nación, y geografía-cultura, y obviando aquí nuestros desacuerdos respecto a tal jerarquización y a su interpretación exageradamente hispanista (era colonial), en detrimento del ‘ambiente’ y de lo ‘aborigen’, en su significación sociogenética para la nacionalidad venezolana, queremos intentar —ahora sí— caminar con él tierra e historia adentro, hacia las raíces, buscando las bases más firmes en que ‘descansa’ el poderoso árbol de la venezolanidad: *tierra, suelo, agro*.

Y es ahora, entonces, que se nos aparece con todo su sentido reivindicatorio y recolector de pasado, concientizador del pueblo-nación, la obra-clave en la cual centraremos nuestro análisis del decir agrario de B.-I.: *Alegría de la tierra*. Y no es casual que, luego de declarar su *Mensaje sin destino* como la obra primordial, y las posteriores como ‘escolios de ésta, sea —precisamente— esta su *Alegría de la Tierra*, la primera producción mentada (1952), y re-editada desde su exilio madrileño (1953).

VII. - ALEGRIA Y PENA DE LA TIERRA EN MARIO BRICEÑO IRAGORRY

“Cada economía marca un carácter a la sociedad... Nosotros pasamos de la agrícola a la minera con tanta violencia, que se resintieron las propias fibras morales de la nacionalidad. Nuestro Padre Bolívar fue agricultor”.

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

La ‘transcripción merengue’ (Conny Méndez) con la cual abre la primera página de esta ‘apología de la agricultura antigua’ el serio trujillano, dice bien —paradójicamente— de los extremos de pre-ocupación por los que andaba cavilando durante aquel aciago y glorioso año 1952.

Juan Francisco de León, víctima de la Cía. Guipuzcoana, es la figura representativa de la defensa de la tierra ‘contra la explotación de intereses forasteros’ y, por ello, a él dedica don Mario esta compilación de comentarios que ‘desde un punto de vista histórico’, había publicado en la Prensa, referidos a la producción agrícola. Y todo su decir —avalado en el asumido verso de L. Felipe ‘*mía es la voz antigua de la tierra*’— gira en torno a la retoma de conciencia y acción del venezolano respecto a su tesoro y basamento más radical y troncal: la agricultura. En su caso, tal voz lo es de denuncia, de aviso, de invocación. ‘Recados, memorias, recuerdos de la alegría que mana de nuestra dulce tierra patria’, define su autor a estos 22 artículos con los que surca en sufrida prosa espacios y tiempos de la Venezuela y su Historia.

El tratamiento que aquí hace B.-I. de cada uno de los productos y sus vicisitudes supera con mucho la somera nominación bellista. M.B.-I. nos trae la his-

toria misma, hasta sus raíces antropológico-culturales, de cada fruto; porque juntando todo —cultivo-cultura—, hace efectivo y sabroso el decir de Ortega y Gasset de que ‘las palabras como las plantas se alimentan de sus raíces’, sin desdeñar la anécdota, el típico ‘echar cuentos’ del venezolano, el humor oportuno o la fina ironía, para mostrar y defender la valía y calidad de lo propio. Y así, hasta llegar a su último ‘recado’: *Tierra ocupada*, en el cual, enseriándose, deja plantada su digna actitud nacionalista y anti-imperialista (pp. 161 y ss.).

Es a través de esta ‘sufrida’ y ‘alegre’ prosa que el propio M.B.-I. se siente y declara continuador de A. Bello y A. E. Blanco. Y lo es, sin lugar a dudas. El enhebramiento magistral con que va entrelazando letra, geografía, etnología, historia, antropología, psicología del pueblo venezolano, convierte a esta ‘pequeña apología’ en un enjundioso tratado y reminiscente crónica humana —una radiografía medular— hecha ‘con amor y sabiduría’. Su contenido revitalizador, rescatador y altivo revela un venezolanismo cultivado con prosapia, regado de proverbios y premisas socio-culturales (‘lo que por sabido se calla’), tan populares e identificatorios de la comarca que, en más de un pasaje, resulta todo un diccionario, un vasto campo de aprendizaje y comprensión de la más pura y realista historia venezolana.

El breve bosquejo analítico que hacemos de esta Obra, no corresponde a ningún esquema determinado, ni de interpretación ni, menos, de ‘análisis literario’; pretendemos mantener el ánimo de frivolidad con que invita a tratar y trata el tema el propio don Mario. De este modo, incursionando tierra e historia adentro a través de sus productos agrarios, vamos aprendiendo y aprehendiendo realidades y entendiendo el idealismo extremo de este andino maestro rural. Y junto con saber orígenes y epílogos, también sabemos del sabor de frutos y tubérculos y sentimos el incitante olor de la cocina criolla. Distinguimos los productos autóctonos, degustados ya en tiempos primitivos, de los afuerinos, importados y plantados por el colono colonial. Concemos que el *algodón* era hilado y tejido en lienzos, mantos y hamacas, que el *tabaco* y su chimó, que el *maíz* y el *cacao*, junto con los tubérculos; *yuca*, *papa* (‘turma’), *ocumo* o *batata*, que todos ellos eran cultivados y cosechados por nuestros antepasados indígenas. Y despedimos nuestro tabaco y su humareda viajando por 1560 a París, a contar la ‘rue’, y a ponerse de crónica moda, hasta hoy. Imaginamos a nuestro criollo ‘pavo’ —guajalote, chompiye o pisco indiano— graznando y picando su maíz por bohíos y conucos. Asistimos al eclipse de las divinidades agrarias como los ‘yateyes’, dioses protectores de las feraces montañas y valles del Boconó.

Hasta que un día entre los días de 1516 hace un fácil ingreso y se asegura una deleitosa recepción el dulzón ‘cambur’ —que, junto con el azúcar—, venían desde las alegres Islas Canarias; y comprendemos el estupor del maíz altanero ante la sorpresiva y rubiácea llegada de la dorada espiga, de su crónico rival en darnos el pan de cada día; el trigo; y también nos conmociona el polémico empate entre la blancura alba del arroz con la negra negrura del tordo, en sordo repical sobre granos. Y a través de las páginas vamos siendo testigos del arribo de verdes vegetales y occidentales animales acompañando al europeo por ‘órdenes reales’ para poblar esta vapuleada Tierra-Firme; verduras, hortalizas, condimentos, y

flores para los rurales conucos y las huertas ciudadinas. Y pueblan y se reproducen en salvaje algarabía vacas, ovejas, puercos, bueyes... y caballos.

Desde tal juntura y colisión de vidas y culturas deviene el producto criollo; el fruto, el tubérculo, la flor, el animal, el Hombre, la palabra, el AMBIENTE nuevo y mezclado; el MUNDO que somos y que denominamos MESTIZO. Y de esta magma que crece, se estratifica e identifica paulatinamente, M.B.-I. va entresacando raíces, relaciones, sentido. Jirones de historia enredados en el espacio solar hispanoamericano: "Si se trata de algo que recuerde nuestro origen común, ahí está, pues, el 12 de octubre. Día del encuentro del europeo con el indio americano. Eso sí nos es común a los que hablamos y sentimos en castellano, y no es inglés" (p. 80).

Y en su llana prosa nos representa la sincrónica amalgama de agro e historia en el preciso espacio venezolano;

"Con cecina, papelón y casabe mantuvieron sus fuerzas homéricas los soldados que nos dieron independencia... Guaicaipuro, el Negro Miguel, A. de Ledesma, J. Fco. de León, Simón Bolívar reforzaron sus energías en el blanco pan de la yuca" (pp. 157/158).

"Nacen y crecen juntos café y música, al compás de la patria, que ya sienten cómo se hinchan sus músculos para la gran batalla de la libertad..." (p. 25).

"El añil, el cacao, el tabaco, la caña, el ganado, el café formaron la riqueza que a fines del siglo XVIII dio fuerzas e ínfulas al criollo" (p. 109).

Por tal entramamiento de geografía e historia, de suelo y hombres, es que se va conformando un modo de ser y de subsistir, autárquico o autosuficiente que, desde esa génesis, ha venido pugnando por defenderse frente a la acción de invasores y sátrapas:

"Es decir, entonces Venezuela producía lo que necesitaba para comer... También el maíz sagrado y la venerada papa se ven sustituidos por productos extranjeros. Aún la propia yuca compite con un almidón forastero, que gana estima con su nombre gringo..."

"Demás de esto, aún no somos una colonia total de Estados Unidos. Todavía tenemos un pellejo y unos huesos enhiestos que pueden ganar la batalla de la dignidad nacional. Si los vivos fallan llamaremos a los muertos..."

"Yo pedí guarapo en una pulpería y me ofrecieron Coca-Cola)..."

"Un afiche del Libertador entre cajas de avena Quaker, quesos Kraft, conservas Heinz, leche Klein, mazorcas heladas, pollos congelados, chicharrones neoyorquinos, es baldón con que nunca soñó el Padre de la Patria..."

"Siempre hemos caído en la ridícula preferencia por las cosas 'Made in USA' o 'Made in England'..."

Y cediendo, incluso, en su acendrado hispano-filismo, al hacer B.-I. el 'llamado de la tierra' no trepida no sólo en llamar a los muertos, a los que dieron esfuerzo y vida por defender tierra y patria, sino que, además, llama incluso a las raíces más ancestrales: al antepasado indígena y africano simbolizados en Guai-

caipuro y Negro Miguel, 'para defender *con las uñas* la dignidad creadora de la tierra'.

Aderezando todo, el pueblo y su mesa, vayan estos sabrosos párrafos con los cuales radiografía —y vivisecta— importantes y basales 'modos de ser', rasgos del 'carácter social' del pueblo venezolano:

"El cambur es la negación del sudor... Hoy se da al cargo burocrático, en general, el nombre de 'cambure'... A su abrigo el hombre venezolano se tendió indolente para acumular sin trabajo ('asegurar el cambure')... Por ello, mientras se abandona el suelo, mientras todo escasea, el bananal del Gobierno crece sin medida...

"La hallaca... es la mejor expresión culinaria de nuestro mestizaje. El maíz de la masa y el plátano de la hoja, dando consistencia a las finas carnes y regulados condimentos de Europa. Con ella rtualmente celebramos la Natividad de Jesús y la natividad de lo mestizo donde reside la fuerza determinante del pueblo hispanoamericano...

"La yuca es para nuestro pueblo un grande amigo. El español la encontró en el conuco indígena, junto con la enhiesta caña de maíz... como recado de olla se la utiliza para nuestro típico sancocho..."

Pero junto a este sazonado contar don Mario va poniendo su propio condimento axiológico y político, con su recado democratista, y su urgente rescate de la semilla autonómica, para que el pueblo paladee su propia comida y en su propia salsa. Porque 'perdida la autonomía económica los pueblos acaban por perder también su autodeterminación política' (p. 159).

No sólo resuena en voces y ecos la 'vieja ley del maíz', la legendaria 'cultura de la yuca', el nombre de 'Guaicaipuro altivo' sino que, desde tales sedimentos y nondones de la Historia, B.-I. hace sonar claros clarines de alerta y defensa; frente al imperialismo yanqui, al facilismo y al nuevorrquismo, a la irrupción del petro-dólar, a la invasión material y cultural de esta tierra suya. Y por eso escribe, escribe, escribe. Desde el destierro, a través de su semanal *Bitácora*, avisando a los navegantes. Es su modo de cumplir su misión socio-política como escritor; por lo mismo, reconoce a Andrés Eloy Blanco el enaltecedor rol de 'poeta del pueblo', porque 'para ser considerado poeta nacional es requerido que exprese un nexo profundo con el alma del país y con su vario paisaje' (p. 36).

De todos los pasajes, de todos los parajes, a través de los cuales se va desgranando amorosa su letra en esta prosa periodística, hay uno que hemos elegido como cierre por mor de la verdad más profundo que alienta en los entresijos del alma de nuestro personaje. Es un párrafo en el cual B.-I. destila su más sentida condición identificatoria —criolla y venezolana—, a raíz de toda esta motivación y escritura rondando tierra propia. Importante, porque uno de los aspectos más conflictuales en su autobiografía es la pugna sorda entre lo hispánico y lo mestizo, en la cual, a la postre y en sus logros, ha quedado primado el tronco hispánico, no sólo en cuanto a su propia identidad, sino en cuanto postulado genérico respecto a la identidad colectiva de los pueblos latinoamericanos. En este recodo discursivo B.-I. no sólo revela un hondo sentimiento filial sino una profunda involucración con su diferencial venezolanidad:

“Si yo usara escudo de nobleza, le agregaría a los campos ocupados por el águila explayada de los Briceño y por el jabalí de los Iragorry, un nuevo cuartel, en cuyo centro luciera con mayor honra y dignidad que aquellos animales, una altiva caña de azúcar, en memoria del sufrido y noble trabajo que mi buena madre consagró a las granjerías con que, viuda, pudo levantar y educar a sus hijos” (p. 135).

Después de degustar la prosa con que M.B.-I. canta la alegría de la tierra, llama a recuperarla y denuncia su ‘ocupación’, convenimos con él en que para hablar del agro venezolano, en tanto contado en la letra, es previo conocer los ‘sermones agustinianos’; los versados surcos, ya clásicos, de BELLO, y los populares, ya cantados, de Blanco, los Andreses de Venezuela. Y agregamos: hoy es necesario, además, conocer el último sermón, el propio Briceño Iragorry, que no sólo predica en este pequeño evangelio terrestre y venezolano, sino en otros textos de su discurso nacionalista. Y gran parte de ellos hubo de generarlos —cuan sabio producción— en la soledad y en la lejanía del destierro. Es este el tiempo en que describe y siente a su tierra patria —al igual que Bello y Blanco— como categoría omnipresente, como dolor y anhelo, pasión, víscera, deber, trabajo, vigilia, mandato, verbo y acción. Su ‘toma de pardo’, su compromiso identificatorio definitivo y final. Hasta volver de esa ‘larga noche del destierro’,³⁷ y proponer su humanista Ideario Político al pueblo y a la juventud de su Patria.

En muchos lados de su producción exiliar —prohibida en su tierra— reitera y machaca sobre el pilón de la tierra con su grave y fina letra cursiva; en *Aviso a los Navegantes*, 1953 (‘la tierra de los padres’, ‘el drama del petróleo’, etc.), en *Hijo de Agar*, 1954 (‘Campo de letras’) o en *Cartelera del Proscrito*, 1957, donde estampa este decisivo enunciado, muestra tajante del dialéctico proceso de transfiguración ideológica:

“El liberalismo con que la oligarquía, en Inglaterra lo mismo que en Venezuela, disfraza sus ansias de predominio, insiste tercamente en dar falso sentido al ‘jui abutendi’ implícito en la noción clásica de propiedad... La tierra tiene la propiedad de producir. La tierra tiene la obligación de ser útil a la comunidad humana. La tierra es para que se la trabaje con sentido de productibilidad al conjunto social...” (pp. 93/94).

Pero es su primera y postrera novela *Los Riberas* (1958) en donde el transerrado vuelve con ojo cordial a re-mirar en lontananza mnémica tiempos y espacios venezolanos ya idos; aquella geografía que ya es historia, como sintió A. Eloy Blanco. Allí, en *Los Riberas*, la crítica severa al camaleonismo —ya descrito en *Casa León y su Tiempo* (1946— se rellena con la nostalgia del páramo andino, de los viajes de comienzos de siglo por las rutas aún no pavimentadas ni repletas de carros importados. El tren, el barco son los medios más sofisticados para viajar desde Mérida —vía Maracaibo— hacia Caracas. En su retablo B.I. hace y rehace viejas representaciones y renace prototípicas figuras que en dramático —a veces jocoso— proceso muestran retazos anunciantes de lo real mara-

38. J. Cortázar dice del escritor exiliado: “es... un hombre que se sabe despojado de todo lo suyo. El exilio es la cesación del contacto de un follaje y de una raigambre con el aire y la tierra connaturales” (“A. L.: Exilio y literatura”, *Rev. Araucaria*, de Chile, Md., N° 10, 1980).

villosos carpenterianos, alternan valores antinómicos como amistad y solidaridad frente al arribismo y entreguismo criollos de los tiempos del Benemérito. Dos posiciones cristianas, encarnadas en sus sacerdotes, dos posiciones frente a la vida —en el orden generacional—, donde la ‘proyección’ del autor es clara en el vástago Ribera, Vicente Alejo. Don Mario trabaja duro, desde lejos, como con catalejos, sin sus bosquejos, para reconstruir este mnémico recado, real-imaginario, mezcla de sus ideales y sueños y de la pasada y pesada realidad vivida por él mismo, y por el pueblo venezolano todo. A sus coterráneos andinos deja este cáustico cogollo: ‘una vez que llegan a Caracas y le cogen gusto a la capital, ni se acuerdan que son de acá y hasta reniegan a ser andinos’. Del largo y retaliado texto del retablo, a veces contaminado por proyecciones del autor, a veces esclarecido por sus revelaciones, extraemos esta muestra que continúa su alegre decir la tierra:

“Cuando Bolívar pasó por aquellas empinadas cimas, alguien lo obsequió con un hermoso cachorro (mucuchicero), en el cual después de haber acompañado fielmente al héroe en innumerables batallas, entró con su amo en la Historia, como símbolo de lealtad y de nobleza, que muchas veces no alcanzan los hombres. Parientes del célebre *Nevado*...” (p. 60).

“La hallaca —nos reitera— es la versión clinaria del alma de un gran pueblo, formado por el trasplante, la confluencia de diversas sangres y diversas culturas...” (p. 263).

Y diciendo en prosa el versear de Neruda sobre nuestros pueblos acota:

“No se alarmen ustedes, pero la única fuerza sana con que cuenta el país, está en ese pueblo oscuro, traicionado, burlado, sufrido y paciente en espera de oír la palabra que restituya nuestro mundo venezolano a su dimensión perdida...” (p. 453).

Con Neruda, Machado y Höelderlin, volviendo al bíblico precepto resume:

“En el principio fue el Verbo. Los pueblos que hablan coronan su camino” (p. 494).

Hay mucho más, de forma y contenido, en texto y contexto, en la letra y en el silencio de su decir inscrito hacia la develación del profundo sentido de la tierra; muchos párrafos, pasajes y frases en que la pluma desterrada del escritor-maestro se entierra con afán y entusiasmo escarbando suelo patrio y americano. Y cada vez más el tono y el sesgo van adquiriendo rasgos menos alegres, más terribles, más áridos. A pesar de la invocación e intención para rescatar, para avivar el ingenio colectivo y despabilar la modorra de la enajenación y el facilismo entreguistas —más allá de sus expectativas de retornar al culto y cultivo de sus lares, de sembrar y recolectar en justicia social— la verdad verdadera es que los logros que M.B.-I. obtuvo después de tan gran empeño, fueron y son magros y desalentadores, francamente infructuosos. Y como el Padre Bolívar, desterrado y ‘arando en el mar’, M.B.-I., se queda solo —y lo sabe— sobre la fértil tierra patria. Es más que simbólico —sintomático—, el que los últimos surcos que trazara nombrando ‘tierra’ con su pluma estén repletos de terrible angustia y cristiana admonición. Sus dos últimos artículos en los diarios venezolanos más conspicuos, casualmente, están referidos a nuestro tema y tienen la carga emocional

y semántica que hemos señalado. Su 'Exaltación de Andrés Eloy Blanco' (*El Nacional*, 7-6-58), ya reseñado, y su último escrito publicado en prensa, 'Tierra de Herejes' (*El Universal*, 8-6-58), constituyen mensajes violentos y compromi- tentes dirigidos a su pueblo. Escribir tal prosa, recién vuelto del destierro, cum- pliendo su quinquenio de Tántalo; suscribir tal mensaje insistente y coincidente antes de partir para siempre de su amada tierra, significa o apunta a su profunda preocupación —en el ámbito de lo ético-político— por el futuro de su patria. No, no se marchó alegre de su tierra nuestro Mario Briceño Iragorry: su admonición de maestro y su invocación de 'voz antigua', siguen vigentes a un cuarto de siglo de escritas aquellas sufridas cuartillas. Sí, M.B.-I. estará y retornará alegre a ésta, su tierra, cuando vuelva, a su vez, la alegría antigua. Cuando 'la antigua alegría de las tierras cultivadas por hombres libres...'

Y nosotros, guiados por sus señales no podemos sino hollar y reiterar aquel último recodo de su discurso sobre la 'tierra' que es, y no por casualidad, el últi- mo pasaje en el espacio de su obra escrita:

"En Venezuela la riqueza nacional ha sido distribuida sin plan ni concierto. En Venezuela a los dirigentes y a los poderosos les interesa más la comodi- dad y el beneplácito del gringo que la suerte del hombre que sirve de base a la Nación. En Venezuela abundan personas que holgarían cambian- do por otra con data en tierra extranjera su partida de nacimiento. Un país con nuestras extraordinarias posibilidades mantiene a las clases populares en un nivel de vergüenza. Recorrer nuestros caminos es ir juntando testi- monios para afrenta de gobernantes y de poderosos. El pueblo rural de Venezuela vive en medio de un abandono que no levanta sonrojo en el rostro de los responsables de nuestro atraso social. Cuando se piensa en el dolor que llena el inmenso vacío moral y económico de nuestras clases populares, uno se ve tentado a pensar que Venezuela es tierra de herejes, en cuyo ánimo no tiene resonancia el nombre de Dios".

VIII. - SINTESIS Y CONCLUSIONES

"Qué rostro más expresivo de trujillano, de hombre nacido en la 'Ciudad Portátil' de Oviedo y Baños, al pie del Niquitao, el de este Mario de la noble frente y las cejas hirsutas, del sonreír ingenuo y del habla penetrante en que se transparentaba la alegría de la tierra...".

(LUIS VILLALBA VILLALBA)

— A partir de un encuadre 'espacial', cuyo enfoque operó como guía episte- mológica, inicialmente un poco sincréticamente, en forma más o menos desvaída, fuimos concretando tal dimensión 'espacial' en sus expresiones más significativas para el ser humano: 'ambiente', tierra, suelo, geografía, agro, patria.

— Postulando y comprobando la inextricable relación e interconexión entre 'espacio/ambiente/tierra/geografía' con 'hombre/cultura/pueblo/historia', llevamos

nuestras reflexiones al campo de la Tierra en su confusión y ligazón con la letra, específicamente en el ámbito latinoamericano.

— En el caso de la *tierra* venezolana señalamos como nombres antecedentes y necesarios para leer en propiedad y con hondura el discurso de Mario Briceño Irigorry los de: Andrés Bello, Andrés Eloy Blanco y Pablo Neruda, cuyos círculos poéticos contaron y cantaron suelo y hombre de esta Tierra-Firme. Destacamos la 'coincidencia' de que los cuatro —incluido nuestro personaje— supieron del amargo sabor del des-tiempo, en función de semejantes idearios y con expresión patente en sus Obras.

— Tras breve descripción del ambiente: ecológico, geográfico, socio-histórico y cultural, que imprime y comprime a M.B.I. y de las reacciones suyas frente a tal Mundo, en sus niveles espacio-temporales, los 'órdenes' trujillano, venezolano, hispanoamericano y ecuménico, iniciamos nuestra labor rastreadora e investigadora en su Obra, recogiendo la presencia y significación de la Tierra, y prevalentemente, de su tierra venezolana.

— Junto con deslindar su posición ético-filosófica —de corte humanista— expresada decisivamente en el bienio 1951-1952 (eje-crítico en la consolidación de su ideología nacional-democratista), lo acompañamos en vuelos y aterrizajes de su pluma tocando su tierra patria: en sus virajes, en sus viajes, en su partida y en su retorno de esta Tierra-Firme, la tierra de su gracia y su desgracia. En sus penas y tristezas, en sus entusiasmos y alegrías, frente al legado, al patrimonio, a la riqueza y a la trascendencia que, en su sentir y decir, tiene la tierra para el pueblo venezolano. Y así, hasta el último hálito con que hizo correr la última tinta de su agudo cálamo que versó sobre lo mismo: la tierra.

Al concluir este solidario y sentido esfuerzo acompañando a nuestro altivo trujillano, desde esta su propia y amada tierra andina, es nuestro modesto pero firme juicio que el nombre de MARIO BRICEÑO IRAGORRY, significa, hoy por hoy, uno de los más peraltados y consistentes en las letras venezolanas del siglo xx. Voz digna, directa, valiente que, en el campo del ensayo, dijo e hizo la defensa de la tierra —frente a las crónicas e inacabadas invasiones— en función de principios de justicia y solidaridad social.

— El tenor y la concertación de su Voz con su pueblo, la autenticidad trasuntada en ella, su tono admonitorio para los gobernantes y poderosos y acusatorio para los imperialistas rapaces, significó para su emisor, no sólo el paradójico des-tiempo —para tal amante de su suelo—, no sólo la mismísima muerte apurando los palpitos de su grande corazón, sino, lo que es grave para nosotros —querámoslo o no— el acallamiento y/u ocultamiento de esa su voz en el concierto de la historia y del pensamiento venezolanos, como queda demostrado en estos cinco lustros de democracia, salvo honrosas y coyunturales excepciones (personales).

— Nuestro trabajo, inscrito en una proyectiva tarea de revalorización crítica y justiciera reivindicación de su nombre y de su obra, se ha conformado en el contexto del Seminario '*Mario Briceño Irigorry, 25 años de su muerte*', que un grupo de trabajadores de la cultura del Núcleo 'Rafael Rangel' de Trujillo (U.L.A., Mérida)

y de trujillanos, hemos realizado durante 1983, y cuyo esfuerzo y aporte se encuentra aquí presente, desde la misma motivación hasta sus últimos logros. Todo ello, por demás, incentivado en el año Bicentenario del Libertador y en los múltiples sucesos críticos que acaecen por estos tiempos en Nuestra América y en la Venezuela, que sigue mirando, desterrado aún, MARIO BRICEÑO IRAGORRY.

— De nuestro laborar la letra briceñiana es clara deducción —evidente— que la temática de la *tierra* constituye una constante no sólo biográfica y vivencial, sino, además, una idea-fuerza, un motivo y un incentivo omnipresentes a lo largo y ancho de su desparramada producción de Escritor-Maestro; hasta el punto de que el postrer mensaje para su pueblo se denomina —con vigencia aún latente— ‘Tierra de herejes’.

— Si bien M.B.I. trató de inyectar sentimientos de entusiasmo y alegría, hasta de liviandad, a su tratamiento del tema, los hechos y la realidad objetiva —aquél motor histórico que postulaba— fueron tiñendo su discurso —especialmente el de su destierro y retorno— de pena y tristeza expresadas en áspera y dolorosa admonición acerca del abandono e injusticia con que se ha manejado el problema de la ‘tierra’ en su Venezuela coetánea.

— Rescatar el sentido de la tierra y el nombre de BRICEÑO IRAGORRY, acoger de una vez por todas sus recados y mensajes, complementar y enriquecer su visión social-humanista, analizar y re-valorizar críticamente su producción nacionalista y americanista en su inserción, vigencia y proyección en la actual coyuntura política e histórica de nuestras naciones —y de Venezuela, en particular— constituye una tarea insoslayable y un deber impostergable, para quienes fuimos destinatarios de su *Mensaje sin destino*.

— Tal interpretación y revalorización de su producción —no sólo agraria— requiere, por un lado, de la aplicación de un enfoque y concurso inter-disciplinarios y, por otra, de su necesaria ubicación en el contexto o ambiente integral, respecto al cual fue tan recíprocante y contestatario. Su nombre conduce a otros nombres, sus obras a otras obras, sus acciones a otras acciones, sus tiempos a otros tiempos, pasados y presentes. Dede tal trama espacio-temporal no sólo lograremos una aprehensión más cabal y justiciera respecto a su genio y figura sino que, junto con ello, por significar un personaje emergente y prototipo, una comprensión más certera e integral de nuestro propio proceso de socio-génesis histórico-cultural en los ámbitos nacional y latinoamericano; su nombre lo postulamos como signo para pergeñar desde su obra comprometida las bases y elementos que constituyen el constructo de nuestra identidad social, como pueblos y como naciones pertenecientes al Nuevo Mundo, a Tierra-Firme, a Nuestra América, a esta AMERICA MESTIZA que aún lucha y se desangra por el logro de su definitiva LIBERACION en los ‘órdenes’ económico, político, cultural.

— Pero, en el caso de M.B.I., esta preocupación por lo espacial y terrestre, no se queda en el ámbito de la comarca ni de lo parroquial sino, acorde con su amplia y postulada ‘misión ecuménica de la cultura’, se extiende hacia lo universal, hacia el Hombre en su significación antropológico-existencial. ‘Por la ciudad hacia el mundo’ fue escribiendo y defendiendo la libertad de la tierra y de los hombres,

en función de lograr una sociedad más humana, más justa y solidaria. Sin duda, haría suyo este abarcador, actualísimo y dramático aserto de su compatriota Ramón A. Tovar, quien al referirse a los problemas del 'espacio' en su incidencia sobre el habitar del Hombre sobre la tierra apunta:

“Nunca como antes en nuestro tiempo ha padecido la humanidad los embates de la crisis del espacio (congestionamiento, deterioro de recursos, contaminación ambiental, hambre, etc.); nunca como ahora pide el Hombre el consejo del quehacer geográfico como única vía para garantizarnos una permanencia menos problemática en el concierto de quienes disfrutamos un atributo que debe ser común: la superficie del planeta Tierra”. (*Lo geográfico*, 1971, p. 34).

Al finalizar este crucial y crítico hito referido al actual habitar el Hombre sus 'espacios!', junto y justo al volver a nuestro ubicuo punto de partida, reverbera con porfiada validez y así lo sentimos y expresamos, y es nuestra conclusión, la asombrosa previsión y premonición con que MARIO BRICEÑO IRAGORRY, avizor vigía de extraviados navegantes, descubre y describe el auténtico y más radical SENTIDO de la Tierra para el hombre, su habitante; de aquí la pertinaz presencia y la dimensión de urgencia con que aparece el tema desde el comienzo hasta el final de su nacionalista y humanista obra de Escritor-Maestro.

En Trujillo, 12 de Octubre de 1983.

IX. - BIBLIOGRAFIA

GENERAL Y COMPLEMENTARIA

- AGUIRRE, M.: *Genio y figura de Pablo Neruda*, Eudeba, Bs. As., 19672.
- BELLO, A.: *Antología General*, Vol. II, Edime, Caracas, 1981. (Selv. y pról.: O. Sambrano U.).
- : *Obra literaria*, Ayacucho, Caracas, 1979 (Sel. y Pról.: P. Grases; Cronología: O. Sambrano U.).
- : *Obras Completas*, Vol. I, Caracas, 1951 y Vol. XIX, 1957.
- BERDISHEVSKY, B.: “Etnicidad y clase social en los mapuches”, en *Rev. Araucaria*, de Chile, Ed Michay, Madrid, N° 9, 1980.
- BLANCO, A. E.: *Obras selectas*, Edime, Caracas, 1968.
- BOLNOW, O. F.: *Hombre y espacio*, Labor, Barcelona, 1969.
- CARDOZO, A.: *Proceso de la Historia de Los Andes*, B. A. T., Caracas, 1965.
- CASTELLANOS, R. R.: *Don Mario, a veinte años de su nueva vida*, Caracas, 1978.
- CORTÁZAR, J.: “A. L. Exilio y Literatura”, *Rev. Araucaria*, N° 10, 1980.
- : “Literatura e identidad”, *El Nacional* (P. L.), 29-8-1982.
- CUNEO, D.: *Aventura y letra en A. L.*, M. Avila, Caracas, 1975.
- DONOSO, R.: “Definición de Bello”, *Rev. Política*, Caracas, N° 43, 1965.
- EDWARDS B., J.: *El bisabuelo de piedra*, Nascimento, Stgo-Chile, 1978.
- ERCILLA, A. DE: *La Araucana*, Ed. Pacífico, Stgo-Chile, 1977.
- FERNÁNDEZ L., S.: *Cartas a Bello en Londres, 1810-1829*, Ed. A. Bello, Stgo. Chile, 1968.
- FONSECA, A.: *Orígenes Trujillanos*, Tip. Garrido, Caracas, 1955.
- GRASES, P.: *El primer libro impreso en Venezuela*, Edime, Caracas, 1952.

- GRISANTI, A.: *Miranda, Precursor del Congreso de Panamá y del Panamericanismo*, Ed. J. E. Grisanti, Caracas, 1954.
- GUERRERO, D. H.: "Sociocultura, personalidad en acción y la ciencia de la psicología", en Finley-Marin, *Avances de la psicología contemporánea*, Trillas, Méx., 1979, pp. 85 y ss.
- HEIDEGGER, M.: *Höelderlin y la esencia de la poesía*, U. L. A., Mérida, 1969. (Pról., traducción y comentarios: D. García-Bacca).
- HENRÍQUEZ U., P.: *Las corrientes literarias en A. L.*, F. C. E., Méx., 1949.
- HUIDOBRO, V.: *Poesía y Prosa. Antología*. Aguilar, Madrid, 1967².
- JARA G., J.: "Articulaciones", *Ponencia Conferencia internacional sobre Exilio y Solidaridad en A. L.*, Mérida, X, 1979.
- KOSIK, K.: *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, Méx., 1976.
- LEVI-STRAUSS, C.: *El origen de las maneras de mesa*, S. XXI, Méx., 1970.
- LIPSCHUTZ, A.: *El indoamericanismo y el problema racial en las Américas*, Nascimento, Stgo-Chile, 1944.
- MACHADO, A.: *Obras. Poesía y prosa*. Ed. Losada, Bs. As., 1964.
- METRAUX, A.: *Religión y magia indígenas*, Aguilar, Madrid, 1973.
- MOSONYI, E. E.: *Identidad nacional y culturas populares*, E. Viva, Caracas, 1982.
- NERUDA, P.: O. C., 3 Vols. Ed. Losada, Bs. As., 1973⁴.
- : *Confieso que he vivido. Memorias*. Seix Barral, Barcelona, 1974.
- : *Canto General*, Ayacucho, Caracas, 1976.
- : *Canción de Gesta*. Seix Barral, Barcelona, 1977.
- : *Para nacer he nacido*, Seix Barral, Barcelona, 1978.
- OROZ, R.: *La lengua castellana en Chile*, Ed. Universitaria, Stgo-Chile, 66.
- OVIDEO Y BAÑOS J.: *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela*, Vol. I, Luis Navarro Ed., Madrid, 1885.
- PICÓN S., M.: *Obras Selectas*, Edime Caracas, 1953.
- PROSHANSKY y otros: *Psicología ambiental*, Trillas Méx., 1978.
- RODRÍGUEZ M., E.: *El otro Andrés Bello*, Monte Avila, Caracas, 1969.
- ROSEMBLAT, A.: *La población indígena y el mestizaje en América*, 2 Vols., Nova, Bs. As., 1954.
- RUBILAR S., I.: *La identidad como proceso psico-social en Andrés Bello*. Núcleo "Rafael Rangel", Trujillo, CDCH, U. L. A., Mérida, 1982.
- : *La identidad psico-social en Mario Briceño I.*, Trujillo, 1983.
- SAMBRANO-MILIANIS *Literatura H. A. Manual. Antología*. Texto, Caracas, 1973.
- SAMI-ALÍ *El espacio imaginario*. Amorrortu Ed., Bs. As., 1976.
- TOVAR, R. A.: "La noción de espacio en el Manifiesto Comunista", *Rev. Tierra-Firme*, Caracas, N° 2, 1983.
- : *Lo geográfico*, Vadell Hnos., Valencia, España, 1971.
- VALDIVIA, P. DE: *Cartas*, Ed. Pacífico, Stgo-Chile, 1953⁵ (Introd.: J. Eysaguirre).
- VERA, E.: "Los poetas, las voces y los ecos". *Ponencia II Congreso de Escritores de Lengua Española*, Caracas, Casa de Bello, X, 1983.
- VLTALE, L.: *Interpretación marxista de la Historia de Chile*, Vol. I, Prensa L. A., Stgo-Chile, 1970, 3ª ed.
- : *Hacia una historia del Ambiente en A. L.*, Nva. Imagen, Méx., 1983.
- : "El marxismo latinoamericano ante dos desafíos: feminismo y crisis ecológica", *Rev. Nva. Sociedad*, Caracas, N° 66, 1983.
- VARIOS: *Historiadores de Indias* (Sel. y Pról.: G. Arciniegas). Ed. Cumbre, Méx., 1977, 9ª ed.
- : *Estudios sobre la vida y obra de Andrés Bello*, Ed. Universitaria, Stgo. Chile, 1970.

—————: *América Latina en su literatura*, (Coordi. e Introd.: C. Fernández M.), S. XXI, Méx., 1976, 3ª ed.

ESPECÍFICA: (Mario Briceño Iragorry).

BRICEÑO I., M.: *Ventanas en la noche*, Sur-América, Caracas, 1925.

—————: *Lecturas Venezolanas* (Pequeña crestomatía venezolana), 1926. Tip. Garrido, Caracas, 1941, 3ª ed.

—————: *Los fundadores de Trujillo*, Sur-América, Caracas, 1930.

—————: *Temas Inconclusos*, Tip. Garrido, Caracas, 1942.

—————: *Origen de la Hacienda en Venezuela* (Recop.), Caracas, 1942.

—————: *Los corsarios en Venezuela*, Tip. Americana, Caracas, 1947.

—————: *Apología de la ciudad pacífica* (Elogio de Trujillo), Elite, Caracas, 1947.

—————: *Mi infancia y mi pueblo* (Evocación de Trujillo), Avila Gráfica, Caracas, 1951.

—————: *Mensaje sin destino* (1952), Monte Avila, Caracas, 1972 (y O. S.).

—————: *Introducción y defensa de nuestra Historia* (1952), Monte Avila, Caracas, 1972 (y O. S.).

—————: *Alegría de la Tierra* (Pequeña apología de nuestra agricultura antigua), Edime, Caracas-Madrid, 1953.

—————: *Aviso a los navegantes*, Edime, Madrid, 1953.

—————: *Dimensión y urgencia de la idea nacionalista*, Bitácora, Mad., 1953.

—————: *Obras Selectas* (O. S.), Edime, Caracas-Madrid, 1954, 1966².

—————: *El hijo de Agar*, Independencia, Madrid-Caracas, 1954.

—————: *Saldo*, Edime, Madrid, 1956.

—————: *Los Riberas*, Independencia, Madrid-Caracas, 1957.

—————: *Cartera del Proscrito*, Novedades, Caracas, 1958.

—————: *Diálogo de la soledad*, U. L. A., Mérida, 1958.

—————: *Prosa de llanto*, Ed. Ateneo de Boconó, 1969 (Pról.: P. P. Barnola).

—————: *Presencia e imagen de Trujillo* (P. I. T.), Bibl. T. A. T., Caracas, 1981. (Pról. selett. y notas: R. R. Castellanos).

—————: *Discursos Académicos y Tribuna Patria e Historia*, Bibl. T. A. T., Caracas, 1983. (Pról., selett. y notas: R. R. Castellanos).

—————: *Palabras de Humanismo*, Bibl. T. A. T., Caracas, 1983. (Pról., Sel., y notas: R. R. Castellanos).

—————: "Andrés Eloy Blanco, lección constante de dignidad cívica", *Diario El Tiempo*, Bogotá, VIII, 1955.

—————: "En la ciudad pacífica", *El Nacional*, Caracas, 24-5-58.

—————: "Exaltación de Andrés Eloy Blanco", *El Nacional*, 7-6-58.

—————: "Tierra de Herejes", *El Universal*, Caracas, 8-6-1958.

BLANCO M., A.: "M. B. I.: una voz que supo llegar al pueblo", *El Nacional*, 6-6-1983.

MANCERA G., A.: *De la oscuridad hacia la luz*, Casa Escritor, Caracas, 1960.

VILLALBA, V. L.: *Notas venezolanas*, Asoc. Escr. Venez. (129), Caracas, 1970.